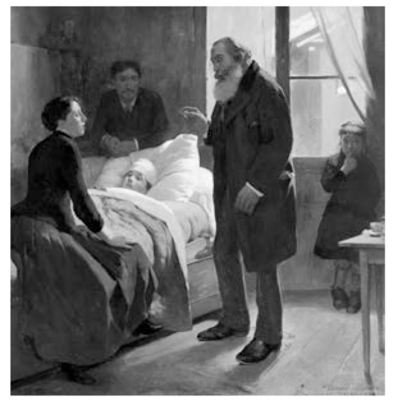
Los mártires

Fermín Toro

Fundación Editorial
el perro y la rana

COLECCIÓN
PáginasVenezolanas
serie CLÁSICOS





Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección
Carlos Zerpa

Diagramación
Carlos Herrera

Foto de portada
Arturo Michelena
El niño enfermo, 1886
Óleo sobre tela/80,4x85 cm.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017001681
ISBN 978-980-14-3840-3

COLECCIÓN *Páginas Venezolanas*

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*





Los mártires
(Novela)

Fermín Toro

PRÓLOGO

Los mártires: sus ediciones, su autor y su importancia precursora en la narrativa venezolana e hispanoamericana

Hasta donde conocemos, la investigación sobre los orígenes cronológicos de nuestra novela asegura que *Los mártires* es la primera narración extensa de autor venezolano publicada en el país[1]. Apareció en Caracas como folletín o novela por entregas en seis capítulos correspondientes a los números 2, 3, 4, 5, 6 y 7 de la revista *El Liceo Venezolano*, entre los meses de febrero y julio de 1842. Se siguió imprimiendo sólo en publicaciones periódicas (tres venezolanas y una madrileña)[2], hasta 1963, cuando se recoge íntegra en el primero de los dos tomos que la Colección Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua dedicó a Fermín Toro, bajo la responsabilidad de Domingo Miliani. En 1966 el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Central de Venezuela publica la edición crítica a cargo de Gustavo Luis Carrera, cuyo exhaustivo estudio preliminar seguimos en esta presentación, ya que muy poco le podríamos añadir.

Si bien estos seis sucesivos y recurrentes registros impresos demuestran que *Los mártires* tuvo la fortuna de permanecer en la memoria intelectual venezolana, ni las revistas universitarias ni las

ediciones críticas, ni mucho menos las publicaciones periódicas del siglo XIX han sido accesibles al público en general, ya que su consulta es motivada por meritorias investigaciones académicas que olvidan la importancia de la divulgación masiva de los hallazgos. De ahí la importancia de esta reedición popular que, sin alterar el texto original, pone al alcance de los lectores no especializados la novela que inicia el género en Venezuela, obra de ficción concebida por una de las más destacadas personalidades de nuestro siglo XIX.

Fermín Toro (1807-1865), nacido en las cercanías de Caracas (no se tiene la certeza si fue en El Valle) vio afectada su primera juventud por la Guerra de Independencia, pues a los diez años debe trasladarse con su familia a una capital en manos del realista Pablo Morillo, de donde habían sido arrasados todos los planteles de enseñanza, centros culturales, bibliotecas públicas y cátedras artísticas. Sin embargo, contó con la biblioteca de su pariente el marqués del Toro para iniciar de forma autodidacta la adquisición de los amplios conocimientos que le permitieron desde los catorce años participar activamente en la vida intelectual y pública del país. Al respecto, Juan Vicente González en su Meseniana a Fermín Toro se pregunta: "¿Cómo logró su espíritu abarcar el círculo inmenso de los conocimientos humanos? (...) ¡Todo lo dominó su inteligencia vasta!".[3] Efectivamente, y sobre fundamentaciones teóricas que apoyaban sus éticos criterios, el autor de *Los mártires* escribió artículos y ensayos sobre Política, Economía, Filosofía, Historia, Geografía y Ciencias Naturales; fue profesor, secretario de Hacienda en varias oportunidades, representante y orador parlamentario, constitucionalista y equilibrado diplomático a cargo de delicadas misiones en Inglaterra, Nueva Granada y España. En 1832 solicita apasionadamente ante el Congreso el traslado de los restos del Libertador y diez años después, cumplido su deseo, escribe *Descripción de las honras fúnebres consagradas a los restos del Libertador Simón Bolívar* en cumplimiento del decreto legislativo dictado por orden del gobierno de Páez.

Como escritor de obras de creación, formó parte junto con Andrés Bello, Juan Vicente González y Rafael María Baralt de la generación que se inicia y publica en el lapso que Gustavo Luis Carrera ha denominado dentro de su esquema cronológico de la literatura venezolana "el período basamental de la **Fundación de**

Géneros, con el **Establecimiento de Modelos Formales y la Expansión de la Poesía y de la Narrativa dentro de Pautas Románticas**"[4], el cual se extiende desde 1820-1825 hasta 1875-1880. Toro, miembro de los equipos de redacción de varios papeles periódicos venezolanos, es uno de los iniciadores del género llamado de Costumbres con sus artículos "Costumbres de Barullópolis" (1839) y "Un romántico" (1842); igualmente contribuye al establecimiento del género cuento con "La viuda de Corinto" (1837) y "El solitario de las catacumbas" (1839). Como quedó asentado, es el autor de la primera novela que se publica en Venezuela. Todas estas obras fundacionales, además de muchos de sus ensayos y artículos, aparecieron en *El Correo de Caracas, El Liberal* y *El Liceo Venezolano,* firmadas con pseudónimos como Emiro Kastos y Jocosías, con las iniciales F. T. o con el nombre completo.

El hecho de aparecer por primera y sucesivas veces en impresos periódicos no le quita méritos a la obra narrativa de Toro, quien conoce las convenciones literarias vigentes para el momento: debe recordarse que durante el siglo XIX venezolano el periódico o la revista eran vehículos idóneos para difundir entre la sociedad lectora obras de ficción y poesías, ya que la edición en libro se dificultaba por su laboriosidad y costo. De hecho, en dichas publicaciones periódicas se hallan dispersas las primeras versiones (y quizá las únicas) de cuentos, novelas y poesías de nuestros grandes valores literarios, las cuales son fuentes fidedignas de primera mano.

En cuanto a *Los mártires*, debe destacarse que el folletín o novela por entregas fue, desde mediados de 1830 y hasta incluso principios del siglo XX, una fórmula editorial surgida a la par del Romanticismo muy frecuente en Europa para divulgar novelas de prestigiosos autores, dado que la fragmentación periódica y sucesiva se adaptaba a la distribución de la intriga en capítulos, convención inherente a la novela moderna siglos antes del surgimiento del folletín, y quizá determinante en este. Por otra parte, la fragmentación fue una inteligente estrategia de venta instrumentada por los editores y directores de periódicos, pues la necesidad de conocer la continuación de la novela estimulaba la adquisición del próximo número o ejemplar. En este sentido, Toro y el cuerpo editor del *Liceo Venezolano* fueron precursores en el aprovechamiento del recurso del folletín para divulgar la narrativa extensa en Venezuela,

porque muchas novelas posteriores se publicaron por entregas antes de integrarse en libro.

Pese a las posibilidades de extensión que permitía el género folletín (mientras estuviera garantizado el financiamiento de los próximos números, la novela podía alargarse para atraer compradores), *Los mártires* se caracteriza más bien por su economía narrativa, es decir, por su cohesionada brevedad, como si sus seis capítulos hubieran sido planificados desde el comienzo de su concepción, sin exponer la integridad de la novela a fluctuaciones extraliterarias, como atraer las ventas o complacer al público interesado en su continuación indefinida. El tema se reduce a la evolución en aumento del ineludible "nudo trágico" de toda novela romántica, el cual nos es presentado por el narrador testigo de los hechos desde el primer capítulo. Este, mientras se desplaza con mucha dificultad a través del bullicioso hacinamiento callejero con que la sociedad londinense celebra la coronación de la joven Reina Victoria, encandilado por el despliegue luminoso y aturdido por los himnos laudatorios, hace la siguiente reflexión:

> Veinticuatro millones de almas. De este número, algunos son poderosos, verdaderos potentados de la tierra; otra porción, y esa es la mayor, en una ventura de mediania conocen el bienestar y los goces de la vida; **pero otra muy considerable la componen los mártires de la sociedad, las víctimas de la riqueza, con cuya sangre se rocían los altares consagrados a su culto**. (pp. 7-8. Resaltado nuestro)[5]

Aunque el mismo narrador la considera "importuna", se trata de una apropiada reflexión, pues se dirige "a la más lóbrega e inmunda, la más pobre y humilde casa que puede habitar un ser sensible". Dentro, "una familia amable y virtuosa, a quien una serie de calamidades había hecho ir descendiendo de grado en grado hasta sumirla en la más espantosa miseria" (p.13). A partir de esta situación inicial, de por sí conflictiva, los restantes capítulos van preparando las fatales coincidencias que provocan la desaparición no sólo de la familia habitante del "pequeño y miserable desván", sino de sus allegados.

Pero ni la elección de este nudo trágico ni su ubicación en la capital de Gran Bretaña obedecen a la intención de imitar cómoda y

gratuitamente los patrones del movimiento romántico, uno de los cuales consiste en la preferencia por el tema exótico para evadir la realidad que disgusta o incomoda al autor. En el caso de *Los mártires,* Carrera[6] prefiere hablar de "identificación práctica del romanticismo", en la medida en que la novela presenta necesariamente los rasgos literarios "habituales y característicos" del movimiento los cuales, sin embargo, son instrumentados por el autor para ficcionalizar la injusticia social generada por la revolución industrial inglesa. El contacto directo con esta injusticia afecta tanto la sensibilidad del joven Toro cuando entre 1839 y 1841 reside en Londres como secretario de la Legación Venezolana, que no se limita a observar y describir la trágica distancia que separa a los ricos y poderosos de los humildes excluidos de todo beneficio social, económico y jurídico: más bien se involucra y asume como propias las crudas e inhumanas realidades padecidas por los mártires de la revolución industrial con el fin de denunciarlas en vez de evadirlas. Para esto nada mejor que el recurso del narrador-testigo en primera persona[7] el cual le permite a Toro no sólo imprimirle verosimiltud (ilusión de realidad) a los hechos, sino incluir reflexiones personales sobre la gravedad de los mismos.

Por estas razones *Los mártires* escapa de los infundados lugares comunes con los que cierta tradición crítica, muy a la ligera, ha despojado de todo valor creativo y original al romanticismo hispanoamericano, calificándolo como imitativo y libresco, sin otro mérito que el de ser un simple reflejo del legítimo movimiento europeo.

Porque la experiencia londinense de Toro no fue leída en las novelas románticas que pudieron llegar a Venezuela. Por ejemplo, toma del prestigioso periódico *Morning Chronicle* la noticia sobre los escandalosos maltratos y vejaciones infringidas por el director de una casa de caridad a los niños y jóvenes que supuestamente protegía, y cita una carta donde se denuncia la insensibilidad social del alto clero anglicano, incapaz de socorrer a los pobres a pesar de las altas rentas asignadas por el Estado. En ambos casos el autor precisa en una nota al pie la fuente y la fecha de estas informaciones, que apenas altera al implicar en ellas a los personajes ficticios. En lo que respecta tanto a la miseria originada por las altas estadísticas de desempleo en Gran Bretaña, como a la crisis económica en Irlanda, Toro acude a fuentes históricas para imprimirle verosimilitud a la

muerte trágica de uno de los personajes que con su trabajo podía mejorar la situación económica de la familia en desgracia. Pero además de esta intención documental, la novela de Toro contiene otros rasgos realistas que la distancian del romanticismo imitativo y libresco: la exacta diagramación urbana de la ciudad, equivalente a un plano; la descripción de la muchedumbre intentando abrirse paso entre el tumulto ocasionado por las celebraciones de la coronación de la reina; la reacción festiva de la gente ante el desenlace fatal de un buzo norteamericano que en vez de seguir divirtiendo con sus prolongadas inmersiones decidió impactar colgándose de una cuerda y murió; el pintor juzgado y absuelto en la vía pública por haber asesinado al saltimbanqui que secuestró a su pequeña hija para explotarla, o las sombrías y lúgubres imágenes del desván donde viven los protagonistas. Estos detalles, más que pintorescos, constituyen el marco apropiado para lo que Carrera[8] llama "los alcances sociales" de *Los mártires,* presentados por Toro desde una reflexiva visión realista que trasciende las convenciones narrativas románticas.

Entre estos alcances, el responsable de la edición crítica menciona la falta de solidaridad del género humano, la cual redunda en antagonismos sociales; los partidos políticos donde paradójicamente militan simultáneamente ricos y pobres; el respeto de los ingleses a la monarquía, sea cual sea su condición económica y su estatus; las diferencias sociales, "soporte principal de la tesis central de la novela"; las falsas virtudes de los ricos, siempre en función de sus propios intereses, ambiciones y pasiones; la miseria como injusticia social que no impide la conservación de la dignidad y la moral; grupos pequeños de beneficiarios que concentran y monopolizan las riquezas en detrimento de las grandes mayorías; la ya mencionada situación del desempleo en Irlanda; el desamparo jurídico de los excluidos de toda oportunidad económica; el inhumano asilo de pobres como procedimiento estadal para "sepultar" la miseria; en suma: una sociedad "tiránica" que constituye la base de los conflictos entre clases.

Ahora bien: la preocupación social manifiesta en *Los mártires* es consecuencia no sólo de la sensibilidad de Toro, sino de su filiación ideológica con las doctrinas del socialismo utópico, las cuales asimila desde sus fuentes originales y no a través de la interpretación

creativa que las novelas románticas europeas hacen de ellas. Esta concepción de una sociedad más igualitaria llega a América a fines de la década 1830-1840, razón por la cual los ensayos socio-económicos de Toro anteriores a *Los mártires* revelan coincidencias con dos de sus principales representantes, Claude Henri de Saint-Simon y Charles Fourier. Del primero toma la idea de un cristianismo "nuevo" sustentador de una sociedad que se organice en función del mejoramiento moral y físico de sus miembros; del segundo, la idea de una armonía social basada en la igualdad necesaria que limita las libertades individuales.

Pero "la inteligencia vasta" exaltada por Juan Vicente González en Fermín Toro no se limita a las abstractas proyecciones sociales de las teorías del socialismo utópico en Venezuela, sino que encuentra una vía más sensible para hacerlas comprender: representar la necesidad de los cambios económicos y sociales a través de la extrema y fatal desgracia que, hasta la eliminación física, soportan los mártires de la revolución industrial. Esta representación, siempre dentro de los patrones románticos, le otorga a la primera novela de autor venezolano conocida en el país

> una especial significación en el ámbito de la historia de la novela hispanoamericana: ninguna novela anterior en Hispanoamérica revela tal fuerza en el plano de la denuncia de la miseria y la explotación de las capas empobrecidas de la sociedad, ni ninguna anterior da muestras de familiaridad semejante con las doctrinas sociales más avanzadas del momento: el socialismo utópico. Aun globalmente, como novela romántica de carácter social, hay que considerarla una de las iniciales.[9]

María Del Rosario Jimé nez

Notas

1 Confírmese en: Centro de Estudios Literarios. *Bibliografía de la novela venezolana.* 1ra ed. Caracas, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1963; Gustavo Luis Carrera. "1842: *Los mártires*, primera novela venezolana". En Fermín Toro. *Los mártires.* Caracas, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1966. pp. xv-lxxxiii; Rafael di Prisco. *Acerca de los orígenes de la novela venezolana.* Caracas, Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1969 y, por último en Osvaldo Larrazábal Henríquez y Gustavo Luis Carrera. *Bibliografía integral de la novela venezolana.* 2da. ed. corregida. Caracas, Instituto de Investigaciones Literarias, Facultad de Humanidades y Educación, Comisión de Estudios de Postgrado, Universidad Central de Venezuela, 1998.

2 *La Voz del Patriotismo*. Caracas, 1851 y 1852; *Ambos mundos.* Revista. Vol. I. Madrid, 1853; *El Semanario.* Nº 24 y 31. Caracas, 16 de marzo – 4 de mayo de 1878; Virgilio Tosta (comp. y notas). "Tres relatos y una novela" Separata de *Cultura Universitaria*, Nº 63. Caracas, septiembre-octubre de 1957.

3 Juan Vicente González. "Fermín Toro". En Fermín Toro. *Reflexiones sobre la ley del 10 de abril de 1834 y otras obras.* Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura, 1941. p. 5.

4 Gustavo Luis Carrera. *Entre Escila y Caribdis. La eterna aventura. Literatura Venezolana*: *Carta de Marear.* Discurso de incorporación como individuo de número a la Academia Venezolana de la Lengua. Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1998. p. 19-21.

5 Para las citas textuales seguimos la paginación de la edición crítica preparada por Gustavo Luis Carrera citada más arriba.

6 Gustavo Luis Carrera. "1842: *Los mártires,* primera novela venezolana". En Fermín Toro. *Los mártires.* Caracas, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1966. pp. xxx.

7 Toro, en un alarde de ingenio narrativo que demuestra el manejo creativo de los elementos del género, enmascara la verdadera identidad del narrador-testigo hasta el final de la novela: en apariencia, ésta se cuenta desde la perspectiva del verdadero testigo presencial de los acontecimientos; sin embargo, la escueta frase final nos revela que el primer narrador se limita a transcribir lo que le contaron: "Así concluyó su historia el anciano de quien la oí" (p. 88).

8 Gustavo Luis Carrera. "1842: *Los mártires,* primera novela venezolana". En Fermín Toro. *Los mártires*. Caracas, Centro de Estudios Literarios, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1966. pp. XXX. pp. xlviii.

9 *Ibid*, p. lxx.


Los mártires

I

Era ya entrada la noche cuando dejaba yo mi triste y solitaria mansión, dando tregua a mis afanes el movimiento y ruido del pueblo alborozado. Noche era de un gran día. Habíase celebrado en la mañana el matrimonio de Victoria, y el pueblo más leal de la tierra festejaba gozoso su enlace con Alberto.

Nebuloso estaba el tiempo y destemplado, y el ambiente se sentía frío y apacible; mas el bullicio de la gente que por las henchidas calles discurría; el rodar estrepitoso de los coches cruzándose en todas direcciones, y sobre todo, la brillante iluminación que hacía aparecer como en medio de una aurora boreal los alcázares y templos de la soberbia Londres, producían un efecto mágico, y daban a la escena tal color y brillo, que arrobada la imaginación, quedaban en suspenso los sentidos. Yo me iba por la calle del Regente, que aunque ancha y espaciosa como para dar cabida a activa muchedumbre, estrecha y reducida parecía a la sazón, por no ser bastante a contener el inmenso gentío que la invadía. Con efecto, el concurso de coches y carros en el centro había crecido hasta el punto de impedir todo movimiento; y la multitud agolpada en las aceras, formaba dos columnas, densas e impenetrables, que de cuando en cuando ofrecían a la vista, a semejanza del mar, oleadas

en opuestas direcciones. Iban unos grupos cuando otros venían; se encontraban y chocaban; crecía el empuje y apretura, pero ninguno salía vencedor. Así por algunos momentos en vano forcejeaban. Al cabo uno u otro individuo de gran pujanza, con los puños cerrados y traídos al pecho, encogidos los hombros e inclinando el cuerpo, lograban abrirse paso hendiendo las espesas filas. Tras estos se iban otras, y después otros y otros, formando ya entonces prolongadísimas hileras. La estrechura y continuo roce hacía muy tarda la marcha; pero la lentitud no impacientaba; que la escena eran grandiosa y de buen talante el concurso. Desatado andaba el pueblo, las clases confundidas, bulliciosa y alborotada se mostraba la turba; pero ¡cosa admirable! ni una injuria, ni un desmán, ni un mal gesto siquiera se miraba.

De trecho en trecho el tumulto y agolpamiento eran mayores, creciendo la confusión al frente de algunos objetos que llamaban más particularmente la atención de los espectadores; pues que entre los muchos graciosos caprichos que la iluminación formaba, algunos sobresalían por su novedad o el mejor gusto de su composición. Ora se veían hermosas palmas, coronas o soles formados por pequeñas luces que rutilaban con trémulos reflejos: ora magníficos transparentes con empresas varias y felices alusiones al acontecimiento del día: ora, en fin, se leían en caracteres de fuego los nombres de Victoria y Alberto, formados por una multitud de coloridas candilejas, cuyos vivos y variados resplandores casi no podía soportar la vista.

Era aquí de verse, el movimiento vario de los grupos y la diversidad de escenas que ofrecían. Veíanse por una parte algunos jóvenes aturdidos, que formados en línea, daban de espaldas contra las más densas y apretadas masas, aumentando de esta manera singular la confusión y el tumulto. Allá era un hombre de formas atléticas, ancho pecho y membrudos brazos, que arremetiendo con la amontonada turba, parecía que la surcaba, dejando al paso ancha senda, por la cual, en pos de él, se precipitaba alegre y ufana una chusma de muchachos. Aquí unos bellos ojos que centelleaban a la par de las luminarias, formaban en derredor un gran cerco de deslumbrados admiradores. Allí un fino talle enseñoreándose con garbo y gentileza, se llevaba tras sí un tropel de husmeadores, que caían arrebatados sobre todo lo que encontraban, por no perder de

vista la beldad que seguían. Más adelante iba un grupo de muchachas tentadoras, lindas como gacelas, peligrosas como áspides, que de cuando en cuando, con donoso desenfado, hacían como que tropezaban con los mancebos que venían; y luego como que huían medrosas, logrando al fin su intento, ser perseguidas, y luego acompañadas, y al cabo requeridas de amor con muy libre galanteo.

Tocábamos ya al cuadrante, y los hermosos ánditos formados a derecha e izquierda por sus bellas columnatas, parecían más bien galerías de un suntuoso teatro que pasadizos de calle pública. ¡Cuán virtuosos estaban los terrados coronados de multitud de fuegos! ¡Qué inmenso pueblo se atropellaba por aquellos vastos corredores! Casi sin tocar el suelo fui llevado por medio de ellos; alguna que otra vez estrechado sí contra sus columnas de hierro, de cuyo contacto no quedé muy satisfecho. Así llegamos en medio de apretones y vaivenes, al Circo que forman, cruzándose, las calles de Piccadilly y del Regente.

Aquí me detuve a contemplar por algunos instantes el espectáculo que se presentaba a mis ojos. Por doquiera que los tornaba no veía sino luz y movimiento. El Circo resplandecía como el sol: las iluminaciones de la calle de Piccadilly se extendían a perderse de vista en los confines de la ciudad; en la plaza de Waterloo los Clubs Ateneo, los dos Militares y el Clarence habían con sus galanas invenciones atraído un concurso que no cabía ya en aquel vasto recinto. ¡Cuán bella está la ciudad, me decía, cuán ataviada y pomposa! ¡Quién dijera que hay en su seno hambre y desnudez! Hoy sin embargo no está en tinieblas la morada del pobre: el mendigo esconde sus andrajos bajo las galas del trono; y suspende la miseria su fatídico clamor para que sólo se oiga el himno epitalámico. ¿Quién le entona? Veinticuatro millones de almas. De este número, algunos son poderosos, verdaderos potentados de la tierra; otra porción, y esa la mayor, en una ventura medianía, conocen el bienestar y los goces de la vida; pero otra muy considerable la componen los mártires de la sociedad, las víctimas de la riqueza, con cuya sangre se rocían los altares consagrados a su culto. Mas hoy ¡oh milagro de las sociedades humanas! hoy el rico y el pobre hacen las paces; suspenden su eterna querella, y sólo una voz se oye desde el palacio del duque Bretón hasta la cueva del mísero irlandés: *long life to the Queen! long life to Prince Albert!*

Una nueva escena en que sin querer fui actor, vino a sacarme de mis importunas reflexiones. Mi inmovilidad y actitud pensativa habían llamado la atención de dos jóvenes perdidas que sin yo percibirlo, acababan de colocarse a mi lado, en el recodo o alfeizar de una puerta donde yo me había refugiado. Figúrese cualquiera una joven como de dieciocho años, de airosa planta y talle descollado, con su cuello de cisne sombreado por un manojo de hermosos rizos castaños; un chal de terciopelo azul que le hacía resaltar admirablemente la blancura de su levantado seno; y un traje blanco cuyos anchos pliegues descendiendo hasta el suelo, dejaban traslucir en parte las formas perfectas de una beldad. La amiga que tenía al lado la ceñía con un brazo su estrecha y delicada cintura, y ella así sostenida se mecía blanda y voluptuosamente dejando caer a uno y otro lado la cabeza, de manera que algunas veces daban sobre mis hombros sus cabellos. No pude menos de admirar tanta hermosura, aunque ya deslustrada y sin precio. ¿Qué te falta mujer (me decía yo), para que ejerzas el imperio que el Creador concedió a la belleza? Tienes al parecer todos los encantos que hacen tan poderoso tu sexo: a tu lado la juventud debiera abrazarse de amor: tú al poeta y al pintor podías dar el modelo de las gracias; y aun el amante de más severas bellezas debía encontrar qué admirar en tu planta majestuosa. Pero la mirada ¡oh Dios! la mirada que pinta el alma e ilumina las formas exteriores, revelando sentimiento, pasión, inteligencia: la mirada en aquella criatura parecía el reflejo turbio e inerte que sale de los ojos de una máscara. No había ya en ella ninguna especie de expresión. Parece que la ausencia absoluta de energía mental, causa la ruina de todo sentimiento. Ni fingirse pueden entonces los afectos, perdida ya la conciencia de la virtud igualmente que del vicio. ¡Oh seres verdaderamente caídos! ¡vosotros no sois viciosos ni criminales, sois sólo animales! ¡animales inmundos! Estas dos mujeres entretanto conocían que perdían su tiempo; y mirándome de hito en hito por algunos instantes y dando una fuerte carcajada, se lanzaron otra vez al torrente que las arrastró. ¡Qué feas me parecieron entonces! su mirar era meretricio y su risa la de un maníaco.

Yo también debía proseguir mi camino; tenía que ver a unos amigos desgraciados, y comenzaba ya a hacerse tarde. Las diez de la noche acababan de dar, cuando emprendí atravesar la plaza de

Waterloo. Difícil era la empresa; pues la masa del pueblo reunido en aquel vasto y hermoso lugar, formaba como un muro casi impenetrable. Sucedíame a cada momento que el terreno que en largo rato ganaba a duras penas, lo perdía en un instante rechazado por algunos de aquellos numerosos y cerrados grupos. Al fin, después de media hora de continuos esfuerzos, logré tomar la calle de * * * * y atravesando por el pasaje del teatro de la Reina, caí a la hermosa de Pall-Mall. Aquí una nueva escena, no menos interesante, fijaba las miradas de todos. Una larga fila de coches que apenas podían moverse ocupaba todo el centro de la calle. Algunos de ellos, espléndidos, se conocían por los soberbios tiros de caballos, las armas y las suntuosas libreas, que pertenecían, unos a Embajadores extranjeros y otros a la más alta nobleza del país. El populacho amontonado en las arcadas del teatro, designaba los carruajes a medida que pasaban, reconociendo a sus dueños por sus galas y libreas. La duquesa de Sutherland, oí decir entonces, recibe en su palacio esta noche gran compañía en celebración del matrimonio de la Reina. —Su camarera mayor es, dijo uno, y la más noble y hermosa dama del reino. —Añade a eso lo que es más, dijo otro, que es *Whig*. —Si no fuera más que eso, repuso un tercero, no aventajaría a muchas: di que es poderosa, y lo habrás dicho todo. —Poderosa, sí, pero sin el fatuo orgullo de los *Torys*, si no, dígalo el artesano que al subir ella a su coche la hizo un cumplido a sus bellos ojos, y no por eso se mostró ofendida. —Calla majadero, replicó uno, el tal artesano merecía ser colgado por ese atrevimiento con una señora tan principal. Estas y otras pláticas oí sobre la belleza y bondad de la duquesa; pero lo que más elogios le ganaba de la desarrapada turba, era lo de pertenecer al partido *Whig* o liberal. Es *Whig*, me decía yo caminando, la altiva dama mujer de un poderoso, que hoy en un soberbio palacio, rodeada de cuanto el lujo, el capricho y la vanidad han inventado, recibe lo más alto y noble de un imperio; ¿y es también *Whig* el miserable remendón que devoraría ansioso las sobras de los perros que mantienen los criados de aquella gran señora? ¡Qué demencia... pero no: qué misterio en la formación de las sociedades humanas y en su orden y preservación! ¿No asombra por ventura ver al hambriento proletario llamarse *Whig* y contar ufano en sus filas al Par altanero que no le ofrecería para abrigarse una noche ni el lecho de su caballo? ¿Y no confunde más aún, ver algún pobre

menestral llamarse *Tory* y unirse al rico aristócrata para combatir contra los Whigs? ¡Cuánto puede un nombre! Si hoy los mismos partidos cambiaran los que tienen por los de "ricos y pobres", o "siervos y señores", o se designasen de una manera aún más expresiva: "Los que tienen que perder" y "los que tienen que ganar" ¿qué sucedería? Quizás nada; y ahí está justamente lo que hay de maravilloso en la conservación del orden social. Tendrá siempre el rico los medios de hacerse poderoso con el auxilio del pobre para oprimir el pobre. El hombre se envanece hasta de su propia humildad, y vestido de andrajos ostenta algunas veces la majestad de la púrpura.

Dejaba ya a las espaldas la plaza de Trafalgar siguiendo por Charing Cross para coger el puente de Westminster. El edificio de las guardias reales de caballería y el Almirantazgo, decorados e iluminados suntuosamente, llamaban la atención; pero el gran tumulto, la masa inmensa, compacta y verdaderamente impenetrable ocupaba todo el frente de las casas del Parlamento. Aquí me fue imposible atravesar: hasta entonces había podido abrirme paso y seguir mi camino; pero allí me fue preciso resolverme a aguardar que se desahogase un poco el concurso. Recosteme de las rejas de un jardín y procuré distraer mi impaciencia observando los que pasaban. Por primera vez de mi vida hice allí una observación, contemplando aquella multitud, y confieso que me apesaró. ¡Cuán poca atracción tienen en general los hombres entre sí! De cada cien individuos que pasaban acaso uno solo dejaba de chocarme por su exterior, y de cada mil hallaba uno que me agradase. Uno me parecía feo, otro sucio o mal vestido, este mostraba un mal gesto, aquel mala traza; unos manifestaban en el semblante cierta satisfacción que me ofendía o que envidiaba: otros una vileza o ruindad que despreciaba. ¡Oh señor! no pude menos de exclamar en mi interior, ¿quién ha puesto en mi corazón tanta aspereza? ¿Cómo en medio de mis semejantes, mi alma con esquivez repulsa, y más repulsa y apenas llega a elegir uno y amarle? ¡Veo una manada de ovejas triscar por la llanura y cuán bellas me parecen todas! Los árboles hallo hermosos en los bosques, suavísimas las flores, encantadoras las aves: encuentro el risco imponente; el lago plácido y sereno: el empinado monte eleva mi ánimo: los abismos del mar contemplo reverente: el huracán, el trueno, la borrasca, me conmueven, me aterran, pero despiertan en mí, un sentimiento sublime... pero al ver

al hombre, al acercarme al hombre me parece que el amor es el sentimiento más escondido en mi corazón. Se asoman antes que él como cautos exploradores, la desconfianza y el recelo; el amor propio o la vanidad excitan luego la envidia o el desprecio: despierta la ambición el odio: la emulación los celos: la necesidad la codicia; y sólo por detrás de esta larga fila de malas pasiones, cuando el egoísmo se cree en salvo como en medio de una fortaleza, es que se viene la curiosidad que suele llevar tras sí el cariño o la amistad. ¡Y este es el hombre, por más que nos empeñemos en disfrazarlo...!

Medianoche tocaba la campana de la iglesia de San Martín, y juzgué que la muchedumbre, alejándose, me daría ya paso. Seguí mi camino, y aunque no sin dificultad, llegué al puente de Westminster. Un rayo de escasa luna reflejaba en las aguas del Támesis y trazaba como un camino de plata en medio de un oscuro bosque formado por los mástiles de una infinidad de barcos que inmóviles proyectaban sus sombras en las ondas. Famoso río, poderosa arteria que da vida y movimiento al corazón de este vasto imperio. Si sus arenas fueran de oro, no le harían más rico y osado de lo que le hacen estas aguas cenagosas y amarillas, a que puede decirse pagan tributo todos los mares de la tierra. ¡Cuántas naves cargadas de tesoros surcan su corriente! ¡cuántos depósitos de riquezas amurallan sus orillas, y cuántos infelices en derredor pereciendo de miseria! ¡No sé qué fuerza puede impedir que estas naves sean asaltadas, esos tesoros sorbidos, los palacios incendiados y sus soberbios moradores arrastrados por el cieno; para que sepan lo que es cieno, morada eterna del pobre! No sé hasta dónde me habría llevado el sentimiento penoso que acibara mi vida, si la vista de un guarda de policía que me observaba de cerca, no hubiese infundido cierto pavor en mi alma. Un guarda de policía no es más que un hombre que conserva el orden en la sociedad; y ¿por qué me intimida? ¿por qué me alejo de él como si yo fuese delincuente? Es porque la sociedad en su estado actual, con la conciencia de su injusticia, ha logrado infundir en el pobre el susto, el asombro que sólo debiera acompañar al crimen.

Dejaba ya el puente y alejábame del bullicio y de la iluminación a medida que me internaba por aquellas callejuelas del lado de Lambeth. Buscaba yo en la más lóbrega e inmunda, la más pobre y humilde casa que puede habitar un ser sensible. Halléla, y llamé a la puerta: me aguardaban y salió a abrirme Emma. Su dulce y melancólica voz al pie

de una oscura y estrecha escalera me hizo la impresión de un hermoso rayo de luz. —¿Por qué tan tarde? me dijo, nos habéis tenido cuidadosos; pero ya se ve que la fiesta ha sido también para vos. —¿Y para ti, Emma? —¡Ah no! Subíamos en tanto a un pequeño y miserable desván donde vivía la familia de Emma. Ella de 17 años y dos pequeños hermanos uno de 6 y otro de 3. Su padre que había sido empleado en el servicio de postas yacía postrado por la fractura de una pierna, y la madre con fortaleza heroica, conllevaba los males de su esposo y agenciaba con todas sus fuerzas la subsistencia de su desgraciada familia. Al verme, todos se regocijaron. Un amigo en la desgracia, por desvalido que sea, se ve todavía como la última sonrisa de la fortuna. Tom estaba tendido sobre una estera en un rincón: en otro ardía con débil y trémula luz una pequeña lámpara al pie de una cruz; en medio había una carcomida mesa medio cubierta con un paño desgarrado aunque limpio, y en derredor de la mesa tres viejas sillas. Este era el aspecto de la mansión de una familia amable y virtuosa, a quien una serie de calamidades había hecho ir descendiendo de grado en grado hasta sumirla en la más espantosa miseria. —Carlos (me dijo la madre con aquel acento tierno y penetrante que tanto la distinguía), a pesar de la fiesta y bulla del día, no creí que nos olvidaras hoy, y te esperábamos para dar nuestro brindis en honor y por la feliz unión de nuestra soberana. Cuando esto decía, Emma ponía sobre la mesa un pote de estaño lleno de cerveza y algunos bizcochos. Joven, hermosa y sensible, manifestaba una especie de tierno interés por todo lo que tenía relación con la ceremonia del día. Una distancia inmensa separaba a Emma de Victoria, pero una y otra sentían la misma necesidad del corazón: ésta en el trono, no se creía dichosa mientras no fuese amada; aquella en el abismo de la miseria preferiría su amante al esplendor del trono. Emma estaba aquella noche donosa y complaciente en extremo. Jamás me había parecido tan tiernos y expresivos sus hermosos ojos azules, ni tan gentil y descollada su planta, aún notábase cierto esmero en su harto pobre y modesto tocado, y una cierta agitación se traslucía en su semblante que la hacía sonrosearse a cada momento. —Emma, le dije, me parece que celebráis muy cordialmente el matrimonio de la Reina. —Cómo no, si es, como dicen, tan joven e interesante: mamá no cesa de alabarla, y yo, aunque nunca la he visto, la amo mucho. —Y eso que mamá es *Tory*, dijo allá

Tom sonriéndose; ¿no es verdad mi cara esposa? —Yo soy lo que tú quieras que sea; y si con odio a los *Torys* pudiera yo hacerte menos desgraciado, creo que aprendería a odiarlos; sí mi amigo, aprendería a odiarlos. Dijo Teresa estas palabras con un acento tan sentido y melancólico, que quedamos todos por algunos instantes silenciosos como ahogando un suspiro. —No, no, dijo al cabo de un rato Tom, hoy no hay odios, ni se ha de hablar de desgracias; eso es de mal agüero en un día de bodas; por vida de mi padre, que hoy sería yo capaz de abrazar a un *Tory*, aunque fuera el escorpión de lord Stanley. ¿Y esa cerveza, amigos, es para vista no más? —Yo no sé si la compañía está completa, dijo la madre echando una mirada llena de dulzura y amor a la hija. Esta bajó los ojos avergonzados; pero su rubor creció de punto, cuando Roberto, uno de sus hermanos, dijo: —No, mamá, falta Eduardo... y llaman a la puerta: él es. Efectivamente el niño bajó y a pocos momentos subió con Eduardo. ¡Bienvenido, querido Eduardo! fue el grito de todos, y él a todos correspondía con las más afables expresiones. —Y bien, mi amigo, como que tengo el derecho de reñiros; pero no, debo excusaros, cuando otros de más edad se han embullado tanto con la iluminación... Decía esto la madre mirándome maliciosamente. —¡La iluminación! Exclamó Eduardo fijando los ojos en Emma. No señora, yo no me he detenido viendo la iluminación: llego en este momento de Hampstead. —¡De Hampstead! gritaron los chicos, ¡pues las peras! ¡las peras! Mientras Eduardo sacaba de los bolsillos algunas castañas y otras frutas, la madre se sentaba a la mesa e invitaba a los demás a hacer lo mismo. Emma y Eduardo se colocaron en frente de ella, y a su lado de pie Roberto y Juan. La pobreza de la cena, ya se supone, correspondía al miserable estado de aquella desventurada familia; pero el decoro y la compostura reinaban allí, y aún una vislumbre de contento pudiera decirse que se traslucía en aquel día. Yo me había sentado al lado de Tom, y contemplaba en aquel momento su figura. Tendido en una estera y cubierto con una manta parda, dejaba sólo ver la cabeza recostada sobre una almohadilla de paja. La débil luz de la lámpara que le hería oblicuamente, reflejaba en su rostro macilento: sus ojos hundidos y cavernosos, quedaban en la sombra de sus salientes y erizadas cejas; y un movimiento convulsivo que de cuando en cuando se descubría en sus lívidos labios, mostraba que hacía un esfuerzo por reprimir la impaciencia o

dominar el dolor. El jarro de cerveza le fue presentado dos veces por la bella y tímida Emma, y recobrándose un poco, dijo al fin: —Vaya señores, que no parecemos ingleses: por mi parte nunca he tenido el corazón frío ni desleal, y juro que mientras viva he de decir: *God save the Queen*. Todos a un tiempo, como de común acuerdo, entonaron entonces con espíritu animado, este hermoso himno tan característico del pueblo inglés; de este pueblo, el único en el mundo que ha hecho del amor a la patria y la lealtad al soberano, un solo sentimiento, una sola virtud. Aquel canto suave y melodioso, la hora, la humildad del lugar, el sentimiento tan puro y desinteresado que animaba a aquellos seres desgraciados a hacer votos al cielo por la prosperidad del poderoso, todo hacía en mí una impresión que en vano procuraría expresar. En medio del sentimiento general que dominaba aquel interesante coro, se notaba sin embargo en el acento, expresión y mirada, la situación del alma de cada individuo. Los dos niños cantaban sin emoción, sus dulces voces salían de sus pechos, como se exhala de las flores el perfume, sin esfuerzo ni intención: Emma y Eduardo sumamente conmovidos se miraban con ternura, y parecía que para sí mismos invocaban del cielo protección; lo porvenir se les mostraba incierto, y sus apasionados corazones, palpitaban temerosos en medio de las más dulces ilusiones. El acento de la madre era de resignación: su destino no le estaba velado, y como que llamaba en su auxilio para el momento del combate, la constancia, la fortaleza, todo el apoyo de la religión; de cuando en cuando, sin embargo, como si sondease con sus miradas un abismo, la palidez cubría su rostro, y una banda aplomada ceñía su frente como signo de desesperación. En Tom todo era lúgubre; diríase que un muerto hacía rogación por su propia alma. Todos habían callado, y él continuaba todavía murmurando algunas palabras, a tiempo que la lámpara ya apagándose, sólo lanzaba por intervalos algunos resplandores que venían a morir poco a poco con aquella voz honda y sepulcral.

II

Días pasaban y la situación de la familia de Tom era cada vez más deplorable. La postración de éste crecía y había ya poca esperanza de su restablecimiento. Los pequeños ahorros se habían consumido con su larga enfermedad y no quedaban otras fuerzas para emplearse en proporcionar el sustento, que las muy débiles de la madre y de la hija. Eduardo, prometido esposo de Emma, acababa de ser despedido de las manufacturas de Manchester, por una de tantas alteraciones que producen en las ciudades fabriles las operaciones del Banco de Inglaterra. Con un alma ardiente y apasionada, pero sensible y generoso en extremo, Eduardo buscaba con un afán y una constancia admirables los medios de aliviar la suerte de aquella familia. "No hay tormento, me dijo un día, que iguale al que experimenta mi alma cuando en presencia de estos desventurados, yo joven, robusto, dispuesto al trabajo, me veo, sin embargo, como el holgazán, con los brazos cruzados y sin poder prestarles el más pequeño socorro en su infortunio. Me arrojaría a las fieras por proporcionarles una tolerable existencia. Sería capaz de renunciar a Emma por verla feliz..." Al decir esto, leía yo en sus miradas y ademán aquel alto y noble sentimiento que hace capaz de las más

enérgicas resoluciones. Vamos, mi amigo, le dije, constancia y Dios proveerá; en lugar de pensar en renunciar a la adorable Emma, vamos ahora a verla y consultar los medios de asegurar vuestra mutua felicidad. —No, de ninguna manera; vengo de su casa, acabo de presenciar la escena más terrífica para mi corazón, y no sé si nunca podré, en mi situación actual, volver a pisar los umbrales de aquella casa. —¿Qué has presenciado?, exclamé lleno de angustia. —Ya conocéis el carácter severo e inflexible del anciano Richardson, padre de la virtuosa Teresa. Al engreimiento de familia noble, reúne dotes del espíritu y del corazón que le hacen estimarse justamente a sí propio; y sobre todo, una vida que puede llamarse completamente inmaculada le ha acostumbrado a ser inexorable con las debilidades ajenas. Cuando su hija se casó con Tom, su corazón y su orgullo recibieron una herida mortal. Adoraba a Teresa, hija única, semejante a él en virtudes; pero más tierna y más indulgente. Su matrimonio con Tom le parecía no solamente deshonroso por el lado del linaje y la profesión, sino sumamente desventajoso por el carácter moral del individuo. Tom honrado, era sin embargo, turbulento y disipado; su familia oscura, su profesión humilde: hermoso y galán de su persona, sabía atraerse las miradas de las bellas; pero entre todas sus cualidades la más sobresaliente era su odio a la aristocracia. Teresa, a pesar de la diferencia de cuna y de principios, le amó y le dio su mano. Fueron notables las palabras del viejo Richardson en este amargo momento: traspasado de dolor, pero con ojo enjuto y mano firme puso a su hija a la puerta de su casa diciéndole: “Hija no te maldigo; pero te impongo que olvides desde hoy por toda la eternidad esta casa y el anciano que la habita”. Dieciocho años hace ya de esto. El padre y la hija no volvieron a verse; Richardson no se ha informado jamás de la situación de Teresa, y ésta creyendo a su padre en la misma que le dejó, no ha osado nunca quebrantar su mandamiento. Grandes mudanzas, sin embargo, han acaecido en la suerte de entrambos. «Conocéis el estado de la familia de Tom, la espantosa miseria a que se ve reducida, y la esperanza que deja aún a su pesar entrever la hija de Richardson de que algún día su padre, conociendo su situación, la salvará de los horrores de la indigencia. Oíd pues, ahora, lo que os rasgará el pecho de dolor. Las seis de la tarde eran apenas: me hallaba yo discurriendo con Emma y su madre sobre mi partida para

Irlanda cuando llaman a la puerta. Baja la niña y vuelve inmediatamente diciendo que un anciano de aspecto venerable, pero que parecía oprimido de miseria, preguntaba por su madre. —Vuela, hija, y hazle entrar: hace mucho frío y el pobre anciano sufrirá mucho. Emma bajó de nuevo a introducir el huésped y entretanto me decía su madre: ¿quién será? ¿qué necesitará? me acongoja la idea de que sea algún desgraciado a quien no podamos socorrer. ¡Dios mío! exclamó, suspira el necesitado antes de comer su pan de amargura; pero otro más necesitado suspira y desfallece por falta de este pan. Dividamos el pedazo que poseemos, y coma de él el hambriento, no sea que perezca y se nos diga después en el gran día: ¿por qué le dejaste morir? —Cuando me hablaba así Teresa, su acento siempre noble y elevado, era trémulo y arrebatado, cierta inquietud se retrataba en su semblante, y sus miradas estaban fijas en la puerta que debía abrirse al huésped. A pocos instantes entra Emma, siguiéndole de cerca un anciano: aquella se aparta y deja en nuestra presencia mudo e inmóvil un hombre como de 70 años, de elevada y noble planta, pero cuyo vestido tosco y maltratado descubría su extrema pobreza. Su crecida y cana cabellera cayendo sobre sus espaldas, le daban un aspecto de extraña austeridad. Su frente surcada y sus mejillas hundidas manifestaban los estragos combinados del tiempo y del pesar. Su mirada se fijó en Teresa, y aunque esta por dos veces y con el acento más expresivo le preguntó en qué podría servirle, él nada contestó: pasose largo rato en este misterioso silencio; todos quedamos suspensos en derredor de aquella extraordinaria figura, hasta que el anciano, extendiendo las manos hacia Teresa, dijo con voz trémula y quebrantada: "¡Obedeciste hija, me has olvidado!" Un grito de dolor no más se oyó en aquel instante; yo quedé por algunos momentos tan turbado, que no puedo decir lo que inmediatamente sucedió. Al cabo de un rato ya vi a Richardson sentado, los brazos cruzados, la cabeza caída sobre el pecho, y las lágrimas goteando sobre sus espesas y crecidas barbas. Teresa, Emma y los dos niños de rodillas delante de él gemían y sollozaban, cubriéndose la cara con sus manos, como no queriendo ver el dolor y desconsuelo pintados en las facciones del desventurado anciano.

Yo no sabía qué hacer, la pena ahogaba mi voz y el temblor de mis miembros no me permitía mover. Era preciso interrumpir, sin

embargo, aquella escena dolorosa, y buscaba para ello alguna fuerza en mi alma, cuando de repente una voz ronca que parecía salir debajo de la tierra dijo: "¡Richardson! ¡Richardson! ¿qué buscas en la casa de Tom?" —"¿Quién me interpela de esa manera?", exclama lleno de asombro el atribulado anciano. ¡Padre mío!, dijo Teresa, es mi desgraciado esposo, postrado en el lecho, delira con la fiebre. Un silencio pavoroso reinó por algunos instantes hasta que la voz de Tom se dejó oír de nuevo diciendo: "¡Teresa!, agasaja a tu padre, que es rico, para que nos dé alguna cosa y no mueran nuestros hijos de miseria". "Yo no tengo que dar", dijo Richardson cayendo medio desfallecido en los brazos de su hija. "Padre mío", le decía esta, "Tom delira, no le atendáis". Yo me acerqué entonces a Tom y le encontré en el estado más lastimoso. Su cuerpo descarnado y macilento estaba en una continua agitación: hacía esfuerzos por levantarse y caía de nuevo; sus miradas manifestaban una horrible ansiedad, y torciéndose las manos, dijo: "Señores, por Dios, no me arrojen a la calle en este estado: no porque Richardson sea rico han de maltratar al pobre Tom". Al oír estas palabras, Teresa, desprendiéndose de los brazos de su padre, voló a estrechar entre los suyos a su esposo, diciéndole: "Mi amigo, ¡quién te puede hacer mal! estás en tu casa y tienes a tu lado a Teresa y a tus hijos: tranquilízate, yo estoy contigo". Pero Tom en un delirio espantoso volvía desatinadamente los ojos a uno y otro lado y después asiéndose fuertemente de su mujer, le decía: "¡Teresa! ¡querida Teresa! yo escuché a tu padre; no le dejes ir... pero es tan desapiadado... pídele... mira, no le pidas más que una cosa, aunque muramos nosotros: pídele algo para Emma". "¡Algo para Emma!", exclamó el anciano Richardson; "Sí, tiene razón, yo no debía ofrecerme a la vista de mis hijos, sino para aliviar su suerte; mis nietos debieron conocerme con las manos llenas de dones; y mi presencia en medio de ellos debería haber derramado contento y dicha y no ser causa de espanto y aflicción". Teresa, el ángel consolador, corrió al lado del anciano y con un acento verdaderamente celestial, le dijo: "Señor, no nos traspaséis el pecho: vuestra presencia en esta casa es el más precioso don que el cielo ha podido hacernos: no añadáis a nuestras angustias el martirio de vuestras quejas: compadeced, os ruego, al desventurado Tom". "Sí, hija mía, decía el afligido padre, le compadezco; y ojalá pudiera con esta mi helada sangre compraros mejor suerte; pero,

Dios mío ¡anciano y desvalido, arrastrando una mísera existencia, qué puedo hacer!...” “¡Nada, nada quiere dar a sus hijos ese monstruo! Gritaba allá Tom con un furor espantoso, maldito sea el avaro, maldito sea Richardson; maldícelo Teresa: maldícelo Emma;”... Los brazos de Teresa desatentada, ahogaron la voz del infeliz delirante; ella le estrechaba trémula y convulsa, y su voz expiraba entre suspiros y sollozos. No puede describirse escena tan terrífica: Tom parecía poseído de las furias, el pobre y débil Richardson parecía que iba a sucumbir en tan cruel combate: Teresa, la desgraciada Teresa con mortal angustia atendía ya al padre, ya al marido, suplicando arrodillada, o abrazando amorosa; pero siempre heroica, siempre sublime: Emma, mi adorada Emma, postrada ante una cruz, pálida y bañada en lloro, hacía al cielo las más ardientes plegarias. Yo maquinalmente iba a postrarme también a su lado, cuando unas carcajadas de Tom me hicieron volver atrás. En medio de descompasadas risotadas, este desgraciado decía: “¡Richardson! Qué buscas aquí; apuesto que estás tan pobre como yo... ¡Richardson! (continuó enfureciéndose de nuevo) ¡vienes a comer el pan del mendigo moribundo!” Esta tremenda interpelación fue como un puñal al pecho del noble anciano que pasándose la mano por la frente parecía que se preparaba a alguna gran resolución. Alerta la solícita y penetrante Teresa iba a acercársele para consolarle, cuando en medio de una violenta convulsión se puso Tom de pie; parecía un cadáver que se lanzaba del sepulcro, desgreñado y macilento; y con miradas fatídicas y una voz tremenda, dijo: “¡Richardson! Deja esta casa, ¡no vengas a comer el pan de mis hijos hambrientos! ¡huye! ¡huye!” Richardson se puso también de pie enfrente de Tom; parecían dos espectros. El anciano quedó por algunos instantes suspenso, y después extendiendo la mano con un ademán de desesperación, dijo: “¡Hombre! Quédate en paz”. Tom cayó de espaldas y Richardson se precipitó por las escaleras. En vano intenté detenerle; cuando bajé a la calle el triste anciano había ya desaparecido. Estaba ya oscuro y nevaba, y no sé a dónde ese desventurado, débil, cargado de años y miserias, podrá haber hallado asilo esta noche»; Eduardo acabó estas palabras con un enternecimiento y una agitación que no es posible pintar. Él calló y a mí me parecía que continuaba oyendo llanto, gemidos y gritos de desesperación. Era la tormenta que bramaba furiosa, y que en mis sentidos turbados

prolongaba el efecto de la horrible relación que acababa de oír. Yo no podré definir lo que sentí en aquel momento: no era solamente una idea terrible, una sensación acerba lo que experimentaba, era un enflaquecimiento de todas mis fuerzas, un desabrido desconsuelo que me helaba la sangre en las venas, desconyuntaba mis miembros y me dejaba en un estupor penoso. No sé cuánto tiempo permanecí mudo e inmóvil sufriendo esta agonía interna. Cuando volví en mí hallé a Eduardo en un estado que manifestaba el espantoso abandono que ordinariamente precede a la desesperación. Tenía los brazos tendidos sobre la mesa, la cabeza caída sobre un hombro, los ojos cerrados, y el agua que había recibido de la lluvia corría de sus cabellos desordenados: parecía un marinero que después de un naufragio y de haber luchado por mucho tiempo contra el furor de las olas, ya sin fuerzas ni esperanzas, ve por última vez la luz, lanza un gemido, y se deja caer en el abismo. En mi imaginación espantada se me representaban como tétricos fantasmas persiguiéndose uno a otro Richardson y Tom, y en medio de ellos dolorida y martirizada la desventurada Teresa. Parecíame ver a Richardson, anciano y lleno de miserias, abatido su antiguo orgullo y humillado hasta el punto de buscar asilo en la casa de Tom, huyendo de esta misma casa, maldecido, vagando en medio de una noche tempestuosa, sin albergue, sin quien reanime sus desfallecidas fuerzas, sin quien abrigue siquiera sus helados miembros... ¡Parecíame ver a Tom, postrado y moribundo figurándose en su desordenada mente que Richardson es, ya el rico avariento que ve sin piedad perecer sus hijos, ya un miserable que viene a devorar el pan del que muere en la miseria; y en este desvarío, ya le suplica, ya le amenaza; implora su favor, mofa su indigencia; le pide para su Emma, le arroja con maldiciones...! ¡Figurábaseme, en medio del padre y del marido, Teresa afligida y desolada, aplacando a este, consolando a aquel; que abraza al uno, que abraza al otro; que gime con entrambos, que pide al cielo favor con voz de hija y de esposa; y el cielo la abandona en el más espantoso desamparo...! La voz de Eduardo me sacó de esta especie de ensueño terrífico: pareciome que salía de la mansión del dolor y de las penas, del reino de los espectros y espantos; ¿pero para entrar dónde...? en la aún más tremenda realidad. La borrasca continuaba con más furor, el viento soplaba con una violencia extraordinaria y producía en los árboles y grandes masas de los edificios un mugido

ronco y temeroso, y en las hendeduras de las puertas y ventanas sonidos agudos y penetrantes que parecían lamentos de niños: el fuego de la chimenea estaba casi apagado; y el estremecimiento de nuestros miembros entumecidos por el frío armonizaba con la agonía mental que experimentábamos. “Adiós” me dijo Eduardo con una voz y una mirada que me hicieron temer nuevas desgracias. “Eduardo”, le dije con tono severo: “no saldrás sin mí; mira si quieres que haya otra víctima y este anciano te seguirá”. Al oír mis palabras, volvió a caer sobre la silla dando un gemido que me traspasó el corazón. ¡Cuán larga noche! ¡qué eternidad! Las horas se hacían siglos para nuestro sufrimiento y nuestra mortal impaciencia duplicaba las horas y aumentaba el tormento...

III

Eterna me pareció la noche, y más de una vez dudé del éxito de mi autoridad y esfuerzos para impedir la salida de Eduardo, de cuyos designios, en aquel estado él mismo no podía responder. Al fin, la luz tarde, escasa y triste comenzó a penetrar el denso cortinaje de niebla que arropaba la inmensa metrópoli. Apenas vislumbramos los primeros rayos, cuando Eduardo y yo nos arrojamos a la calle, ansiosos de saber el paradero de Richardson. Caminábamos a prisa en una duda mortal; pero a cada paso que dábamos acercándonos a la morada de Tom, la certeza de una gran desgracia parecía que adquiría nuevos grados, y entonces la duda, por atroz que fuese, era preferible a la temida realidad. Hay más capacidad en el alma para el dolor que para el placer: un gozo vivo embarga sus potencias, la arroba y casi la hace insensible a una fina graduación de impresiones; pero en las penas, ¡oh Dios! mil diversas sensaciones pueden acumularse o sucederse; pero ninguna se confunde, cada una lleva su dardo, cada una hace su herida. La sensibilidad tiene abismos que sólo se abren al dolor.

Llegamos, al fin, a la temida puerta; ninguno quería ser el primero en golpearla; y por algunos instantes nos detuvimos recogiendo nuestras fuerzas como para oír desgracias. Por último, Eduardo llama trémulo a la puerta, y a pocos momentos abre la angelical Emma. Respiré al mirarla. La sonrisa de la esperanza se asombra en su pura y bella boca con un candor y una dulzura que llevaba paz al alma; y el mirar lánguido de sus hermosos ojos parecía

más bien un recuerdo que un anuncio de desgracia. Eduardo sin hablar palabra le tomó la mano e imprimió en ella sus labios. Emma quedó inmóvil, sus mejillas se sonrosearon; pero su serena frente conservó la blancura del mármol. La escena fue muda, pero interesante: nadie habló y todos los entendimos.

“Hay dicha en menos desdicha:
Sufrir menos es gozar”.

Subamos, dijo al fin Emma volviéndose a mí, mamá os espera con impaciencia; y tú, Eduardo, ¿dónde estabas? y al decir esto a su amante, su mirada me pareció que llevaba una tierna reconvención. “Dónde debiera estar Emma, te diré: en el fondo del Támesis, libre ya de penas”, contestó Eduardo, lanzándome una dolorosa mirada. “Eduardo, exclamó Emma, ¡por qué me hablas así!” y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas. Vamos, señores, dije yo, tiempo hay para explicaciones; subamos. Así lo hicimos: Emma iba por delante, yo la seguía y Eduardo por detrás de mí parecía sumamente atormentado. Al entrar en la morada de la familia, la primera que me salió al encuentro fue Teresa: “mi amigo”, me dijo abrazándome, y con la expresión más sublime de consuelo, “aún hay Providencia para nosotros; mira el salvador de mi padre”. Al decirme esto me mostraba un joven como de 22 años de edad y del exterior más brillante, el que con todo el desembarazo y garbo de la más escogida sociedad se adelantaba saludándome. Yo volví los cumplimientos del mejor modo que pude; vi a todos, hablé a todos, y tomé asiento esperando una explicación de lo que veía. Mi sorpresa debía retratarse perfectamente en mi semblante; pues Teresa poniéndoseme al lado me dijo: «Mi amigo, leo en tus ojos tu ansiedad y yo soy quien debo sacarte de ella. Sabes ya por Eduardo la dolorosa escena de anoche, escena que en vano intento apartar de mi imaginación, y cuya memoria, aun cuando yo cambiase de situación, bastaría para hacerme desgraciada persiguiéndome hasta mi última hora. Después de esta horrible escena, cuando mi anciano padre huyó precipitadamente de esta casa, Eduardo le siguió de cerca, y yo, traspasado el pecho con mil puñales, quedé atendiendo a mi infeliz marido que parecía iba a expirar en medio de angustias mortales. Algún tiempo pasó antes que se aplacase el acceso de la fiebre y que

mi pobre Tom se tranquilizase. Entretanto Eduardo no aparecía; la tormenta continuaba con una violencia espantosa, y yo me figuraba a mi desventurado padre caído en tierra, cubierto de nieve y próximo a expirar. Pareciome que me invocaba en su última agonía y que con su helada mano me pedía socorro. Atónita me levanto, dejo a Tom y a mis hijos, y sola, mal abrigada, sin guía ni destino, me arrojo a la calle. El aspecto tenebroso de la noche, la lobreguez de la hora, me sobrecogieron; a los pocos pasos las fuerzas me abandonan; el pavor hiela mi sangre, y hubiera caído allí muerta de flaqueza y desconsuelo si la vista de una persona que se dirigía a la puerta de mi casa no me hubiera reanimado con un rayo de esperanza. Acércase la persona a mí y me pregunta por la señora Tom —¿Qué queréis, le dije, con esta desgraciada? aquí la tenéis. Tranquilizaos, me dijo, vuestro padre está en salvo, mañana tendréis noticias de su estado. —¿Y quién sois vos, señor, que tanto os semejais a la Providencia? le dije casi de rodillas. —“Un amigo vuestro, me contestó sosteniéndome: tranquilizaos, mañana nos veremos”. Esta persona, que percibí ser un joven, partió, y yo me volví a mis hijos y esposo que encontré en la mayor consternación. Referíles lo ocurrido; y después de una noche agitada por las más extrañas imaginaciones, hoy tan temprano como ves, hemos recibido la visita prometida del joven generoso que ha salvado a mi padre. —Parece joven de distinción, le dije. —Es de la familia de los Mac-Donald y dice que su padre ha sido amigo del mío». Cuando me hacía Teresa esta relación, el joven protector sentado al lado de Emma, ostentaba su bella persona, sus elegantes modales, la cultura de su habla y todo aquello que él conocía le daba superioridad entre los que le escuchaban; pero lo hacía con la finura y destreza que da el trato de la alta sociedad para saber hacerse admirar sin despertar en los otros un penoso sentimiento de humillación. Emma más bella y más candorosa que nunca, estaba inmóvil como una estatua, viéndose, por primera vez en su vida, el objeto de las finas atenciones, de las más delicadas lisonjas de parte de un joven cuyo rango, tono y brillo la dejaban sorprendida. Con la más pura inocencia Emma dejaba traslucir la sorpresa agradable que le causaba cuanto oía. En sus labios de coral jugaba modestamente una sonrisa amabilísima, y en la suave expresión de sus ojos mostraba cierta fascinación que realzaba más el hechizo de su persona. Grande era la compostura y moderación que

mostraba el joven; aún creo que se traslucía un cuidadoso estudio por parecer hasta el extremo respetuoso con una familia cuyas apariencias exteriores podrían hacer creer a cualquiera que no merecía tal homenaje. No pudo, sin embargo, con todo su esmero, ocultar a mi penetración una mirada lanzada al descuido en que parecía medía, con una complacencia extraordinaria, la estrecha cintura de Emma y los graciosos y seductores contornos de su seno.

Yo iba a dirigirme al joven señor por saber de su misma boca lo único que me interesaba de su vida, es decir, lo que tenía relación con Richardson, cuando la actitud de Eduardo llamó toda mi atención. De pie y arrimado a la chimenea, no había desplegado sus labios; la palidez de su rostro, un movimiento trémulo que en vano quería ocultar, y sus vagas miradas que parecían no hallar reposo en ningún objeto, me hicieron descubrir el tormento que en aquel instante sufría aquella criatura. No haber podido prestar ni el más pequeño servicio en tan tremenda ocasión; verse a un lado pobre y desvalido; y encontrarse con el héroe del drama, joven apuesto y brillante al lado de su Emma, recibiendo de la familia entera las expresiones del más vivo reconocimiento; esto era demasiado para el pecho de Eduardo, lleno de sensibilidad y de noble altivez. No supe por algunos momentos qué hacer; dejarle en aquella situación era crueldad; dirigirle la palabra era llamar la atención hacia él y mortificarle más; no me quedó otro arbitrio que hacer notar a Teresa el cruel embarazo de nuestro amigo. Fina, tierna y delicada como siempre, esta incomparable mujer se halló pronto y con la mayor naturalidad y gracia colocada al lado de Eduardo. No sé qué le dijo; pero sí era fácil descubrir en el semblante del pobre mozo, cuánto alivio había recibido en su penosa situación. Aún no se atrevía a hablar; pero su continente era más seguro, y aun echó una mirada serena e indiferente sobre el gallardo caballero. Este, creyendo deber ya retirarse, dirigió de nuevo algunas palabras a Teresa y ofreciéndole comunicarle a menudo noticias de su padre, se despidió, dejando a todos prendados de su gracia y gentileza, y recibiendo mil bendiciones de una familia agradecida.

Yo que aún estaba por saber el desenlace de la escena de la noche anterior, apenas salió el joven cuando pedí a Teresa la continuación de su relación. “Pues, bien, mi amigo, me dijo enternecida, no sé mucho más que tú; y como la desgracia me ha hecho tan

cobarde, no quiero por ahora saber más. Mi padre fue recogido anoche por este joven en su casa: allí permanecerá... no sé hasta cuándo: no debo pretender verlo por ahora... no sé si algún día...” Las lágrimas corrían como una fuente desatada por las mejillas de Teresa, y su voz quedó cortada entre suspiros. “La desgracia, debo decirlo, continuó al cabo de un rato, me ha hecho muy cobarde; hay siempre para mí en todos los acontecimientos de la vida un fondo de amargura; no quiero penetrar más en este: basta por hoy para dar gracias a la Providencia...”

Todos quedamos por algunos momentos en silencio: mil dudas se agolpaban en mi mente: ¿quién es este joven? ¿qué le mueve a mostrarse tan interesado por una familia que no conoce? Yo no creí oportuno manifestar la extrañeza que me causaba la conducta de aquel joven, cuyo carácter y costumbres, que no conocía, podían estar muy en armonía con la acción que acababa de ver. A este tiempo el niño que había bajado con él hasta la puerta, volvió trayendo en la mano un “soberano” que le dio al despedirse. Nuevo motivo tuvieron los muchachos para alegrarse del conocimiento de tan amable personaje. Emma, que más que todos había podido admirar de cerca al joven Mac-Donald, volviéndose a mí me dijo con aire de suma sencillez: “Qué bueno y generoso parece este señor; muy dichoso deben de ser los padres que tienen un hijo como él; y usted que conoce tanto la historia de cada familia noble del país, ¿no querrá decirnos algo de la de este nombre?” Yo que al hacerme Emma esta pregunta vi a Eduardo mudar de color, me ocurrió probarlo en esta ocasión echándole de rebote la petición de Emma. Eduardo, dije, debe saber la historia de los Mac-Donalds, que es muy notable en la del país, y no dudo que tendrá mucha complacencia en referírnosla. —Poco sé de ella (contestó vivamente Eduardo), sólo sí que los Mac-Donalds se han distinguido siempre por su hidalguía y generosidad. —Muy bien dicho Eduardo, repuse yo, muy bien dicho; pero tu historia me parece harto corta para que pueda satisfacer la curiosidad de Emma. —Así es, contestó esta sonreída, porque lo que has dicho, Eduardo, yo lo suponía; pues si los nobles, ricos y bien educados no fueran generosos, yo no sé quién entonces tendría obligación de serlo. —Nosotros; contestó allá Tom con voz quebrada y procurando chancearse. Esta sola palabra de aquel infeliz produjo un contento general. La fiebre daba

en aquel momento la tregua ordinaria; sus hijos le besaron las manos, Teresa le tomó el pulso y le pasó tiernamente la mano por la frente, y encontrándole muy aliviado, se volvió a mí diciéndome risueña: —Vamos, mi amigo, es preciso que hoy nos dé usted la historia de los Mac-Donalds; todos, estoy cierta, la oiremos con mucho gusto. —En hora buena, dije yo, ya que a toda costa se quiere saber algo de esta familia, referiré el hecho más notable de su historia y a qué debió en gran parte el poderío y lustre que andando el tiempo adquirió; y como hay una Emma en la historia, espero que será oída con más interés. —¡Una Emma! Exclamaron todos. —Sí, pero no como la nuestra, dije tomándole una mano a la graciosa niña. —Oigamos pues; por los años de 1580 Fergus Mac-Donald, coronel escocés, y hermano de Jaime Lord de Kantyre, llegó a Irlanda con una partida de montañeses, con el fin de prestar auxilio a Tyrconnell que contra el gran O'Neill mantenía guerra hacía muchos años. A su paso por el Rout fue recibido de amigo, con las demostraciones que más precio tenían en aquellos rudos tiempos, por Hugo Mac-Quillan, descendiente de la noble familia De Burghs, señor del Rout y de Kilconery y poseedor del noble castillo de Dunluce. Pasados algunos días, y próximo a partir Mac-Donald después de haber disfrutado de la más franca hospitalidad, Mac-Quillan sostenía fiera contienda con los habitantes de la otra orilla del Bann, le dijo: "Señor y huésped mío, sois fuerte y estáis bien acompañado y si en el combate que hoy debo de dar a la gente de Killiterag, me dieras mano y auxilio, yo os aseguro que impondríais una eterna obligación a los Mac-Quillans, que a nadie ceden en lealtad y agradecimiento". —"Señor, respondió el escocés, los Mac-Donalds nunca reciben favores sin tornarlos: contad conmigo y mis compañeros, y os ofrezco a fuer de quien soy, que la gente de Killiterag pagarán dos por uno al señor de este castillo donde tanto se me ha honrado". Formada así alianza entre los dos nobles señores, el temeroso son de alarma resonó en la comarca; los *gallo-gloghs* se apercibieron y se juntaron con los montañeses, y puestos a la cabeza los dos probados caudillos, marcharon sin tardanza a la batalla. Reñidísima fue y sangrienta, y harto fatal a los de Killiterag, cuyo jefe, cayendo después de destrozado su ejército en manos de sus enemigos, no pudo libertar su vida, aunque ofreció por rescate sus potros de raza generosa y las más hermosas doncellas de sus

dominios. Concluida la acción y recogido el botín, tornaron los vencedores al castillo de Dunluce a entregarse a los regocijos del triunfo.

Este debía ser amargo a los Mac-Quillans. Emma, hija del señor del Castillo, y dotada de una extraordinaria belleza, reunía al carácter romántico de una dama de aquella edad, cierta resolución de ánimo que hacía prever de cuánto sería capaz inflamada de una pasión. Su pecho palpitó por primera vez el día que conoció a Fergus Mac-Donald; su trato y atenciones la sedujeron; y los nobles hechos de su brío acabaron de cautivarla. Fergus, por su parte, no podía ser insensible a los encantos de Emma, ni dejar de conocer en sus miradas que era correspondido. Bien pronto se entendieron los amantes: bien pronto se vieron y hablaron en secreto, y Fergus, olvidando lo que debía a la hija y al hogar de su huésped, creyó cubrir con una promesa de matrimonio...

Un día el cuerno del castillo hacía resonar la alarma en las guarnecidas torres. Mac-Quillan llama al combate; pero no ya contra sus antiguos enemigos. Mac-Donald ha deshonrado su hija, y la sangre del pérfido no más puede lavar su afrenta. La voz del ofendido señor fue oída por sus vasallos, y los gritos de "muerte a los montañeses" resonaron en los confines. Apercibido también Mac-Donald, espera la hora del combate. Pocos cuenta la historia tan horribles y carniceros; pero no da siempre la justicia el triunfo. Mac-Quillan fue derrotado con pérdida de casi toda su gente, y aunque muchas veces logró rehacerse y siempre volvió al combate, casi siempre fue vencido él y después sus descendientes por los más afortunados Mac-Donalds.

Esta guerra entre dos poderosas familias conmovió el país durante medio siglo, y en ella se vieron hechos extraordinarios de valor y lealtad, y atrocidades y traiciones inauditas, que la historia nos trasmite. Por último los collados de Sliebhna-Aura presenciaron el más terrible y sangriento de estos memorables hechos. Allí se decidió para siempre la suerte de los Mac-Quillans. Su ruina se completó y sus títulos y posesiones pasaron a los Mac-Donalds, creados en 1618 vizcondes de Dunluce en la persona de Sir Randal Mac-Sorley Mac-Donald de Dunluce, cuyos descendientes son hoy condes de Antrim.

La noble mansión de Dunluce no es ya más que un montón de ruinas; pero de aspecto tan poético y majestuoso que atraen siempre las miradas del viajero. Construido sobre una roca aislada y perpendicular, a orillas del mar, este castillo no tiene otra entrada que un estrechísimo puente suspendido sobre un abismo para unir la roca con la costa. Los muros se ven todavía formando una sola línea con los lados perpendiculares de la roca basáltica, que ve a sus pies estrellarse, siglo tras siglo, las enfurecidas olas. Aún existen sobre la entrada principal tres bustos desfigurados que han sufrido combinadas las injurias del tiempo y de los hombres. Representaban tres de los más ilustres Mac-Quillans, y hoy mutilados e informes son un triste emblema de las grandezas humanas.

No carecen estas nobles ruinas de misteriosas tradiciones. El cuerno del alarma se oye en sus carcomidas torres, cuando en las lóbregas noches de invierno el genio de las borrascas se asoma entre pardas nubes sobre la mágica Calzada del gigante.

"Such is the tale the Nubians tell."

IV

Algunos días habían pasado después de la primera entrada del joven Héctor Mac-Donald en la casa de Tom, y en todo este tiempo, con el pretexto de Richardson, sus visitas eran frecuentes y señaladas sus atenciones; bien que en su porte y palabras mostrase siempre tal discreción y respeto, que hacía olvidar lo extraño de esta conducta en un joven de su edad, clase y fortuna. Su presencia traía sin embargo más de un embarazo a la familia, aunque no pudiera negarse que era también obra suya aquellos días de menos padecer que para aquellos seres desgraciados eran de dicha y contento. Pero Teresa, nacida en otro rango, conociendo la sociedad y sus leyes, el corazón humano y sus secretos, no podía ver sin sobresalto las diarias visitas de un joven cuyo nombre, brillo y elevación hacían penoso contraste con la humilde oscuridad de la familia. Su conducta es decente, decía ella, sus atenciones delicadas y su acción con mi padre merece un eterno reconocimiento; ¿pero qué le mueve? ¿Es este el proceder de los jóvenes de su clase? ¿La compasión, la caridad hablan tan alto en el corazón de un joven rico criado en el trato licencioso de una populosa ciudad? Puede ser compasivo... sí, puede serlo; pero entonces, ¿por qué no se contenta con sus obras? ¿A qué viene aquí? ¿Hay algo de placentero en la vista de un infeliz

moribundo, de una familia consternada, de una habitación triste, lóbrega e inmunda? ¿Qué tiene que hacer el brillo con la oscuridad, qué placer halla el rico en mostrarse a los ojos del necesitado; no sabe que su satisfacción, su atavío, su mirada misma cuando menos le sonroja y desconcierta? Estas reflexiones hacía Teresa y sacaba tristemente por conclusión, que Héctor Mac-Donald venía allí por Emma. Nadie mejor que la madre conocía la virtud de su hija. Emma era tan pura como bella, y además su corazón había ya recibido las primeras e indelebles impresiones de un casto amor. En presencia de Eduardo no podía haber peligro para Emma; pero Eduardo debía partir para Irlanda, y Emma quedaba expuesta a los halagos seductores de un joven que reunía cuanto puede fascinar el corazón y lisonjear la vanidad de una mujer. El amor y la virtud triunfarían sin duda de la seducción; pero ¡quién libraría a Emma de la calumnia, y quién no la calumniaría sabiendo que era el objeto de las atenciones de un poderoso! ¡Desgraciada condición del pobre! La sociedad le hunde en un abismo, le destruye de todo auxilio, le niega todo socorro; pero en el momento de su lucha con las necesidades, allí está ella como testigo acusador para exigirle esfuerzos, sacrificios, heroísmo, y condenarle al oprobio y a la infamia si la humanidad sucumbe bajo el peso del infortunio y la miseria. ¡Y ojalá que el baldón afrentase solamente al vencido! Pero ¡ay! Que la virtud más probada no salva siempre de la deshonra. Mi amigo, me decía Teresa tristemente viendo a Emma que se ponía cuidadosamente unas flores en la cabeza; ¿cuál será el destino de mi hija? Me estremezco al verla tan confiada en su felicidad futura; y es mi culpa. Tan sensible y bella como es, me habría parecido un sacrilegio iniciar su inocente corazón en las desgracias y vicios de la humanidad. Ella ha crecido feliz en medio de la miseria, como una rosa en terreno estéril, rica con sus propios perfumes y colores. ¡Ay! ¡cuán desapercibida la encontraría la desgracia!

—Pero Teresa, le dije, os atormentáis con funestas imaginaciones, ¿no confiáis en que Eduardo hará la felicidad de Emma?

—Sí, es cierto; Eduardo me ha inspirado siempre esta esperanza; pero su viaje a Irlanda... las visitas del joven Mac-Donald... la destitución en que nos hallamos... todo, todo me inspira...

La presencia de Emma interrumpió a la madre e hizo tomar otro giro a la conversación. Emma había rizado cuidadosamente sus

cabellos, y colocado en derredor de su frente una guirnalda de menudas flores que ella misma había trabajado. Ceñía su blanco y delicado cuello un cordón negro del cual pendía una pequeña cruz de azabache que venía casi a ocultarse en su nevado seno. Un traje de muselina, harto usado a la verdad, pero blanco como la nieve y plegado con suma gracia, parecía una ligera nube flotando en derredor de sus formas admirables. La serenidad de su frente, su mirada tan casta, la sonrisa pura e inocente de su divina boca, cierta expresión religiosa que parecía descubrirse en su actitud y movimientos, daban a Emma, no el aire de una novia que lleva en su seno el fuego de la vida y la dicha de un mortal, sino el aspecto de una vestal consagrada al culto y cuyo velo virginal debía ocultarla para siempre a las miradas del mundo.

—Mamá, dijo ella, recostándose en el seno de su madre, ¡si pudiéramos obtener de Eduardo que renunciara a su viaje!

—Mucho me alegraría hija: le contestó la madre estrechándola con ternura. Preveo que te preparas a exigírselo, y sin duda, añadió sonriéndose, estas flores y esta cruz son para reforzar tu súplica.

—Yo no cuento sino con usted mamá: contestó Emma sonrojada ocultando la cabeza en el seno de su madre.

—Yo tampoco quiero este viaje, dijo Teresa, pero no me atrevo a pedir a Eduardo que renuncie a él, sin estar segura de que con esto no le perjudico. Conozco su docilidad; hará todo por complacernos; ¿pero hemos por esto de abusar de su cariño? ¿qué pensáis de esto amigo mío? dijo Teresa dirigiéndose a mí.

—Creo que es un poco tarde para pretender hacerle cambiar de resolución. Este es un viaje combinado con la aprobación de ustedes, y sobre el cual tiene ya compromisos de que no sería fácil desprenderse. Harto atormenta la separación a este joven; pero él la cree necesaria a su futuro establecimiento.

—¡Conque partirá! dijo Teresa suspirando.

—¿Y cuándo? añadió Emma con inquietud.

—Creo que mañana, les contesté: hoy ha recibido cartas de Irlanda que aceleran su partida.

Al oír esto Emma, se desprendió de los brazos de su madre y se fue a sentar a alguna distancia en una silla. Las rosas de sus mejillas habían huido en aquel momento, una palidez mortal cubrió su frente y con los ojos fijos en el suelo quedó inmóvil como una

estatua. ¡Cuán hermosa e interesante estaba en su tristeza! ¡Qué contraste entre tanta perfección y tanto abatimiento! Si la caída del hombre no fuera una verdad, la filosofía la habría inventado, para explicar por ella ciertos problemas de la humanidad que la razón no resuelve. La felicidad y la virtud se disociaron el día que el hombre fue rebelde; sus caminos en la vida son opuestos; ¡sólo se reunirán para hacer feliz al justo más allá del sepulcro, más allá de los tiempos...!

El triste silencio en que habíamos quedado fue interrumpido por la presencia de Eduardo. Bien se leía en su frente la situación de su alma, y a falta de palabras, sus miradas hablarían y revelarían su padecer. Hacía días que yo había notado en Eduardo cierta mudanza que no podía explicar. Más frío y reservado de lo que debía esperarse de su carácter franco, noble y apasionado, sus palabras tenían algo de amargo y duro que manifestaba gran sinsabor o resentimiento. Yo bien veía que hacía tiempo que la escena que se representaba en aquella familia, que él tenía sobre su corazón, era la más propia para despedazárselo. Los favores de la mano de Héctor Mac-Donald, eran tósigos para su alma; su presencia le ponía siempre frío y silencioso: el brillo y despejo de aquel le hacían más concentrado, y cómo que se complacía en formar con él contraste haciéndose cada vez más oscuro, más impenetrable. Emma no conocía este misterio, y procurando penetrarlo hería a su amante de muerte. Mac-Donald conocía su terreno, y más de una vez le vi intentar muy diestramente hacer aceptar a Eduardo algún servicio; pero siempre vi a este apartar con modesta entereza la mano que se le ofrecía. Todo esto no era sin embargo suficiente para explicarme la conducta de Eduardo amado de Emma. Sabía yo que él la adoraba; que su vida toda era un pensamiento de amor; y siendo correspondido de Emma, ¿qué le arredraba? ¿Por qué aquella honda tristeza tan incompatible con el estado de amante preferido? Nada eleva tanto el alma del hombre como el amor y la religión; uno y otro sentimiento ennoblecen el corazón, le hacen tierno y generoso, y como que le rescatan de sus ordinarias flaquezas. Ante su Dios y su amada, el hombre es un noble ser: su homenaje es puro, su promesa firme, heroicos sus esfuerzos, sublime su constancia. Si espera, es con la fe del ángel, si teme, con la humildad del mortal.

¿De qué prodigios no son capaces amor y religión? ¡Y Eduardo religioso y enamorado, triste y silencioso, parece que le agobian secretos padecimientos! Dónde está su varonil entereza, su esperanza tan resuelta...? ¿desconfía...?

Yo hacía estas reflexiones, cuando algunas vivas contestaciones entre Eduardo y Emma llamaron mi atención. Percibí claramente que aquel dijo a esta: Emma, ¿temes que olvide estas preciosas cualidades que te arrebatan, que mil veces repites y mil veces elogias?

—Eduardo, replicó Emma conmovida, jamás me he avergonzado de confesar los beneficios recibidos.

—Es verdad, Emma, no me acordaba yo de los beneficios, dijo esto Eduardo con cierta sonrisa amarga y de despecho, que no se escapó a las miradas de Emma.

Teresa llamó entonces aparte a Eduardo, sin duda para hablarle de su viaje, del tiempo de su vuelta y de todos sus proyectos futuros, proyectos en que se hallaba comprendida la suerte de Emma. Esta quedó sola a un lado y tan sumamente abatida, que daba compasión. No sé lo que pasaba en aquel momento en su alma; pero ciertamente el pensamiento que la ocupaba, debía de ser tan terrible como nuevo para ella. La borrasca sin duda soplaba por primera vez sobre aquella tierna flor, que también por primera vez inclinaba lánguida su tallo. El pesar sorprendía a Emma; alguna nueva emoción a que su pecho no estaba acostumbrado, daba cierta energía a la expresión de sus facciones, que realzaba su belleza de una manera sobrehumana. Jamás había contemplado una hermosura tan perfecta, ni más propia para subyugar todas las afecciones y todos los pensamientos. La vista reposaba en cada una de sus formas, como reposa el pensamiento en una verdad sublime. Un oriental habría dicho, que su pie parecía el jazmín de la Arabia, que amanece caído en el suelo bañado de rocío, y que su cintura era como la garganta de una copa de alabastro llena de preciosos aromas. Pero yo me decía a mí mismo: si todas las mujeres fueran como Emma; si todas tuviesen esas formas tan perfectas y seductoras; esos contornos tan puros y elegantes; ese seno voluptuoso y casto a un tiempo; esa mirada que con inefable expresión dice yo seré la más tierna y la más fiel enamorada; aquella frente que revela candor, dignidad, fortaleza, todas las dotes para ser en el amor y la amistad, en la adversidad y el dolor, la compañera más fina y tierna, más generosa y denodada; si así fueran

todas las mujeres, por seguro que la sociedad no sería lo que es. El amor sería la ciencia, el arte, el culto de todos los hombres; la mujer encerraría su ambición, sus estudios y deberes: ella compendiaría la naturaleza entera, y lo que el hombre perdiese renunciando al estudio de las leyes físicas del universo, lo hallaría altamente recompensado en una perfección moral de que apenas podemos formar idea; pero que sería el resultado de sentimiento excitados hasta un grado no conocido; de afecciones poderosas, intensas y exclusivas, que dando fuerza al alma y ardor al corazón, harían del hombre un ser más enérgico y más capaz de dicha y de dolor. La mujer sería entonces su único ídolo en la tierra, y su vida toda un acto continuo de adoración.

Pero las cosas no pasan así en la sociedad. Desde que esta se ha encargado de asegurar indistintamente un rango a las mujeres, desde que ha llevado el refinamiento hasta proclamar el imperio del sexo débil, la mujer ha perdido verdaderamente en poder; su debilidad, quedando más expuesta, ha sido preciso cubrirla con el ropaje de las gracias: las irrisorias lisonjas tributadas a su universal imperio, han venido a reemplazar el profundo y durable homenaje de un corazón inspirado por la virtud, el amor y la belleza. En vano bajo formas convenidas y con un sentimentalismo afectado que pone en juego el nombre de todas las grandes pasiones, se quiere disfrazar la ausencia de una realidad, la del poder de la mujer sobre el corazón del hombre, sobre esa misma sociedad que blasona de llamarse esclava de la mujer. No hay sin embargo ninguna que se atreva en la sociedad moderna a atribuirse el mérito de haber inspirado una grande acción; y apenas se perdona a los poetas que se finjan dominados por esta inspiración. No, no es este el tiempo en que perecerá otra Troya por causa de otra Elena: ni de catorce años de esclavitud será premio una Raquel: ni en Judá cautivo renacerán ya Judith ni Ester: ni a las puertas de la ciudad eterna detendrá Veturia el vencedor irritado. Tú, Roma, cuna de egregias matronas que dar supieron tan altos ejemplos, tú no tienes ya mujeres, no más verás tus Porcias y Cornelias, no más a una Lucrecia deberás tu libertad. Damas de la sociedad moderna, soberanas que reináis en tantos corazones, diosas que en vuestras aras miráis tantos perfumes quemados, poned a prueba vuestro pregonado poder, haced que el más rendido de vuestros adoradores os sacrifique... siquiera una

moda, y si lo lográis... pero no lo pretenderéis: el tacto nunca os falta, y sabéis que vuestro imperio es como el de las hadas: ¡un hermoso cuento que contamos y quisiéramos creer...!

Por aquí iba yo en mi reflexiones, contemplando a Emma tan hermosa y tan abatida, cuando la presencia de Héctor Mac-Donald vino a cambiar la escena. —Señores, dijo al entrar, quiero haceros participar de las sensaciones que acabo de recibir, y si me lo permitís, sin más preámbulo os referiré lo que he visto.

—Con mucho gusto oiremos: dijimos todos.

—Pues señores (comenzó Héctor) al atravesar por una de las calles que conducen a Old-Bailey, un gentío inmenso llamó mi atención; pregunté la causa, y me dijeron que se veía aquel día un proceso que había producido una extraordinaria sensación en el ánimo del público. —Mi curiosidad quedó picada; resolví presenciar el juicio; y aunque con mil dificultades, logré colocarme bien. Apenas el Lord *chief-justice* Tindal se hubo colocado en la silla, cuando se vio parecer el acusado, hombre de mediana edad, pero que mostraba en su semblante más estragos de la suerte que del tiempo. Su presencia fue, puede decirse, saludada con un susurro aprobatorio. Sus abogados se le acercaron con las expresiones más amistosas, y aun el órgano mismo del ministerio público halló ocasión de dirigirle algunas palabras de consuelo.

—¿Cuál es vuestro nombre, edad y profesión? Dijo el juez después de colocados todos en sus respectivos puestos.

—Me llamo Jorge Hammon, de 41 años, pintor de retratos; contestó el acusado.

—Se os acusa de haber matado voluntariamente a un saltimbanco llamado Diego Baldwin. ¿Sois o no culpable de este hecho?

—Es cierto que he dado muerte a un hombre; es una desgracia que lloraré todos los días que me restan de vida; pero en conciencia, no soy culpable.

—Pues que reconocéis la verdad del hecho y negáis solamente la culpabilidad, sentáos. Prestad atención; vuestros conciudadanos, vuestros pares, van a juzgaros: ¡Dios os ayude!

Apenas concluyó este interrogatorio, cuando empezó la lectura de la acusación. El más antiguo de los abogados encargados de sostenerla en nombre del condado, después de haber cumplido su ministerio con imparcialidad y moderación, terminó diciendo: señores jurados,

reconocemos con placer y satisfacción, que nunca se ha presentado un caso más digno de indulgencia y conmiseración; sin embargo, en esto os referiréis plenamente a la clemencia del soberano, imploradla para que la pena sea templada; pero vuestro deber es declarar culpable al acusado, para enseñar a todos que ninguno puede hacerse justicia a sí mismo, ni vengar sus propias injurias por crueles e inmerecidas que sean.

—Acusado: dijo el juez, ¿tenéis algunas explicaciones personales que hacer?

—Sí, mi lord. Doy gracias al abogado que con tanta indulgencia ha sostenido su acusación; pero conozco la necesidad de exponeros yo mismo los hechos.

Mi lord y señores: pongo tranquilamente mi honor y mi vida en vuestras manos. Tengo más de 40 años, y jamás me había visto en la necesidad de dar cuenta de mi conducta delante de ningún tribunal.

Hace tres años que yo perdí una niña que entonces tenía apenas cuatro, la única prenda que me dejó un ángel que hoy está en el cielo... yo no vi perecer mi niña, como su madre... no, desapareció; me la robaron... ¡Era tan bonita, y yo no tenía más que a ella que pudiese amarme en el mundo!

Mi lord y señores: yo no os diré lo que he sufrido, no podríais comprenderlo. Yo he consumido en avisos, en diligencias siempre inútiles, todo lo poco que poseía: muebles, cuadros, colecciones, todo lo he vendido. Durante tres años, he recorrido solo, a pie, todas las ciudades y hasta las más pequeñas aldeas, buscando en todas partes mi hija, sin obtener nunca la más leve esperanza de encontrarla. Yo volvía a Londres cada vez que en mi oficio de retratista había podido reunir alguna pequeña suma para hacer poner nuevos anuncios en todos los papeles públicos. En fin, el 14 de abril último, un viernes, yo atravesaba por Smithfield, cuando en medio del mercado vi una cuadrilla de titiriteros y jugadores de manos... Una muchacha se paraba de cabeza, con los pies para arriba sobre una manta... Es preciso que un rayo del ama de su madre haya penetrado en aquel momento en la mía para haberla conocido en aquel estado... ¡Era mi pobre hija...! Su madre se habría arrojado a ella para estrecharla en sus brazos... Yo, no... Yo me arrojé sobre el miserable... sobre el hombre, y no sé cómo fue esto; pero yo, débil y bueno, agarrándole por sus vestidos de bufón, le levanté en peso, le

batí contra el suelo, le estrellé la cabeza, le maté en fin... Después de este hecho yo me he reprendido el haber sido tan severo; pero en aquel momento lo único que yo sentí fue no poderlo matar más que una vez...

—Esos no son sentimientos cristianos, dijo el juez, ni habéis debido expresarlos aquí. ¿Cómo queréis que Dios y los jurados os perdonen, si vos mismo no sabéis perdonar?

—Yo no sé lo que vos, mi lord, y los jurados ordenaréis de mí; pero ciertamente Dios me ha perdonado. No sabéis... yo mismo no sabía todo el mal que este hombre me ha hecho... Cuando algunas personas caritativas me han traído mi hija a la prisión, no solamente no la he encontrado bonita y graciosa como antes, sino que la he oído jurar y maldecir, la he visto fea y embrutecida, la he visto depravada por la miseria y la corrupción. ¡Pero ni me ha reconocido siquiera...! ¡No, no me ha reconocido! ¿Comprendéis ahora? ¿Comprendéis?... El miserable me robó la sonrisa, el amor, el alma de mi hija... ¡Y yo no lo maté más que una vez!

La relación de este hombre produjo una sensación profunda y dolorosa en todo el auditorio; y a la verdad no creo que jamás se haya visto un sentimiento más bien expresado que el que se retrataba en las palabras, miradas y movimientos de aquel padre desgraciado. Pocos momentos habían pasado cuando el presidente del jurado se adelantó diciendo:

—Mi lord, mis colegas me encargan anuncie a S.S., que su juicio está ya formado.

—Os comprendo, señores; pero es preciso respetar el texto de la ley; cualquiera que sea la simpatía que os inspire el acusado, la deliberación debe tomarse en vuestra sala y después que hayáis oído mi resumen; lo que haré en pocas palabras.

Apenas transcurrió el tiempo necesario para extender el *verdict* cuando los jurados salieron a proclamar la absolución. El júbilo fue general y hubo de intervenir la policía para que Jorge Hammon no fuera sacado en triunfo por la multitud que le rodeaba. Conque ya veis, señores, concluyó el joven Mac-Donald, que el hecho vale la pena de contarse, a menos que Emma lo halle demasiado triste, pues veo que no levanta los ojos del suelo.

—Sí, es más triste de lo que a la generalidad puede parecer, dijo Teresa; el desgraciado tenía razón; no es dado sino a padres, comprender

el dolor que él experimentaría al encontrar la hija de su corazón convertida en saltarina de feria. ¡Ay! ¡más valiera encontrarla muerta! Exclamó Teresa echando la mirada más tierna y amorosa sobre Emma, que permanecía pálida e inmóvil como una estatua.

—Por vida mía (dijo Tom con voz ronca), que Jorge Hammon hizo poco: juro que si la tienen conmigo los truhanes, arremeto con la tropa entera, y por Dios que limpio la tierra de esa maldita canalla. Todavía si me levanto como que he de...

Tom hizo un movimiento como para probar a ponerse de pie; pero Teresa corrió y le dijo sujetándolo: quieto mi amigo, quieto: vamos a recobrar las fuerzas, que después tiempo hay para que las prueben los gitanos. Tom murmuró algunas palabras y volvió a caer en su estado habitual de aparente insensibilidad.

Entretanto un terrible momento se acercaba. Eduardo iba a partir. Emma con los ojos clavados en el suelo parecía que ni aún respiraba: Eduardo intentaba en vano disimular su tormento interior; sus palabras eran cortas e incoherentes, y aunque procuraba mostrarse animado, sus movimientos manifestaban el desconcierto de un delirante. Teresa trataba de hallar palabras de consuelo; pero ¡ay! su corazón no era el menos desolado. Héctor Mac-Donald era el único que tenía en aquel momento la posesión de sí mismo —palabras, movimientos, miradas, todo estaba calculado. Yo también en aquel instante vi claro un plan en la conducta de aquel joven. Sin duda con mucha anticipación había previsto este lance, que probablemente creía decisivo para sus proyectos. Harto conocido le era el carácter de Eduardo que reunía a suma sensibilidad suma entereza; y el de la pobre Emma que era todo ternura, todo timidez. Colocado Héctor en medio de los dos, se propuso impedir aquella noche, en aquel momento solemne, una explicación que él mismo creía haber hecho necesaria sembrando de tiempo atrás sospechas en el corazón de Eduardo. La situación de Emma se prestaba desgraciadamente a una maligna combinación. Anonadada en aquel momento, más que por la partida de Eduardo por las palabras duras que le había oído, no respondía sino por monosílabos ininteligibles a las que Héctor, que tenía a su lado, le dirigía en el mismo tono de voz bajo e imperceptible. Eduardo a alguna distancia parecía beber a largos tragos una copa envenenada. Creyó ver un estudiado embarazo en Emma, y en las palabras de Mac-Donald, que él no podía percibir, pruebas claras

de mutua inteligencia. Al principio pareció abandonado de todas sus potencias. Yo le vi un momento, puedo decir, sin vida, y a no estar sentado, sin duda habría caído al suelo. Pero en el corazón humano hay siempre más de una pasión, y parece que Eduardo en aquel instante invocó el orgullo como se invoca una deidad en un peligro extremo. No le desamparó su natural altivez: a pocos momentos le vi situado como de mano del amor propio ofendido. Emma buscó sus miradas y quedó más turbada al encontrarlas tan serenas. Eduardo ya nos habló a todos con notable desembarazo: su último esfuerzo fue dirigirse a Héctor, y lo hizo admirablemente, manifestándole el deseo de encontrarlo a su vuelta tan feliz como lo dejaba. Puesto de pie por último, abrazó a Teresa que bañada en lágrimas no pudo articular palabra; besó una mano al pobre Tom que le echó una mirada triste y lúgubre; dio una mano a Emma y otra a Héctor; aquella atribulada criatura apenas la tomó; Héctor se la apretó con cierto gozo que sólo yo descubrí. Yo me había adelantado a la puerta para recibir el último abrazo de Eduardo cuando saliese. Él me comprendió, se arrojó a mis brazos, y seguro de que no era observado, se abandonó a su dolor y brotó en mi seno un torrente de lágrimas. ¡Adiós! Me dijo al fin desasiéndose, y yo profundamente conmovido no pude decirle más que ¡adiós...!

V

Al siguiente día de la partida de Eduardo, fui a ver a mis amigos. Encontré la familia consternada por aquella cruel separación: en su desvalimiento la falta de Eduardo, aún por corto tiempo, aún con la esperanza de verle volver para no separarse más en la vida, era sin embargo un golpe funesto. Teresa manifestaba haber llorado: de Emma no puedo decir qué género de expresión manifestaba su semblante; envuelta en un pañuelo de lana y sentada en un rincón de la pieza, tenía la cabeza reclinada sobre una silla y parecía que dormía. La madre mirándola me dijo: esa angustiada criatura, empieza ya a padecer; ha pasado la noche entera sollozando; en vano la infeliz quería ocultarme su pesar; no sabe lo que son oídos de madre. Yo la oía con el pecho traspasado; esperaba que el sueño la rindiese y hallara en él el consuelo que la vida empieza ya a negarle; pero hasta esta esperanza fue burlada; a media noche hube de levantarme a consolar esta triste criatura. Toda sobrecogida procuró persuadirme que tenía fuerte dolor de cabeza; yo le dije: mi querida Emma, tú sabes que yo apruebo el sentimiento que te inspira Eduardo, ni puedes, ni debes ocultármelo; pero ¿por qué se te convierte en tormento? ¿por qué fue su despedida tan desabrida? —Mamá, me contestó, ahogándose con los sollozos, yo debí darle esta cruz, se la había ofrecido, y

yo tenía en esto el mayor interés: usted sabe que es una cruz bendecida por el patriarca de Jerusalén sobre el mismo sepulcro de Cristo, y yo quería que Eduardo la llevase al cuello para que lo librase de todos los peligros del viaje. —Preguntéle por qué no se la había dado, y me dio a entender lo que yo calculaba. Desatentada con la partida de Eduardo, sobrecogida con las expresiones y miradas extrañas que notó en él y más que todo asediada por el joven Mac-Donald que no la desamparó un momento, le faltó la oportunidad, o más bien la resolución de dar a Eduardo, en presencia de testigos, una prueba tan fina de su cariño. —Yo la consolé, tomé la cruz, y prometí entregársela para que por la primera ocasión se la remitas a Eduardo. Desde este momento, la pobre criatura como si hubiese recibido un grande alivio, descansó, y aún duerme como la ves, medio reclinada en aquella silla.

—Pero tú también has llorado, Teresa, le dije: ¿tenías también cruz que dar?

—No que dar, mi amigo, pero sí que cargar y muy pesada. ¡Sólo me falta saber dónde será mi calvario!

—¿Pero hay, mi amiga, nuevos motivos de disgusto?

—Sí: hoy ha acabado de revelárseme un atroz complot que yo nunca pude sospechar. Que Héctor Mac-Donald se interesase por Emma me parecía cosa natural; pero que se confabulase con otras personas para hacer dudoso el proceder de Emma a los ojos de Eduardo, nunca, nunca lo hubiera creído. Y esto es justamente lo que sucede; la única amiga de Emma, ¡pérfida! la única que creí yo digna de la amistad de mi inocente hija, de acuerdo con ese joven que nos ha favorecido aparentemente con el designio quizá de cubrirnos de oprobios e ignominia... ¡miserable! ¡no conoce la virtud!... esa amiga, se ha encargado de sembrar sospechas en el corazón de Eduardo.

—Pero ¿quién os ha hecho esa revelación?

—La mayor casualidad. No hará una hora que uno de mis niños deletreando en un pedazo de papel, dijo dos o tres palabras que me llamaron la atención. Tomé el papel y vi inmediatamente que la escritura era de Héctor; leo y encuentro estas palabras: "Partió al fin, mi querida, y como dice nuestro gran poeta:

"Pierc'd to the soul with slander's vemon'd spear."

"Tuya es el arma, tuyo es el triunfo..." Esto no más contenía el pedazo de papel; pero era lo bastante para hacerme sospechar un horrible secreto. Que en él figuraba Héctor Mac-Donald y que hacía el papel principal, no podía quedarme duda; que hacía alusión al pobre Eduardo en lo que escribía, era también manifiesto; ¿pero quién era su infame cómplice ¿cómo aquel pedazo de papel había venido a manos del niño? Pregúntole y descubro que habiendo ido muy temprano en casa de Fanny Moore, esa joven que Emma llama su querida amiga, la encontró al tocador, y tomando el chico uno de los papeles que arrojaba y con que había cogido sus rizos, se vino con él deletreándolo. Ved, mi amigo, si tengo motivos para llorar. Sí, diré con Job: mi rostro se hincha con el llanto, y mis párpados se oscurecen; y esto lo sufro sin maldad de mis manos... y cuando ofrezco a Dios limpios mis ruegos...

Teresa decía esto bañada en lágrimas y con un acento tan triste y desconsolado que a mí mismo me privó de todo aliento. Yo quedé mudo por un largo rato contemplando la desesperada situación de aquella infeliz familia; pues no se me ocultaba ya que Héctor Mac-Donald iba a añadir nuevos tormentos al martirio de aquellos desgraciados. Tolerar sus visitas después de lo ocurrido y estando Eduardo ausente, era exponer a la inocente Emma a una infame persecución de parte de este joven libertino: despedirlo, arrojarlo de la casa con ignominia cual merecía, era hacerse un enemigo poderoso, y quizá hasta el desventurado Richardson... Esta última idea me aterró. ¿Qué sucede de este anciano si los favores de Héctor Mac-Donald se han de repeler como ofensivos y deshonrosos? Yo buscaba un consejo que dar; pero al contemplar los desastrosos resultados que podía tener, apenas en aquel momento me atreví a preguntar a Teresa qué pensaba hacer. Ya se había apoderado de esta mujer verdaderamente superior aquella noble exaltación que en sus grandes emociones la hacía tan sublime. La expresión de su boca un tanto severa y desdeñosa manifestaba la más resuelta determinación; su mirada era de noble y justa ira; y al hacerle yo la pregunta, me contestó con vehemencia:

—¿Qué hago? Vos lo sabéis: vuestra amiga no se envilecerá: yo diré al joven insolente: señor, vuestra presencia aquí nos es importuna, nos es odiosa; retiraos.

—Pero, Teresa, le interrumpí, es preciso algún miramiento; el estado de tu desgraciado esposo...

—¡Mi esposo! yo, yo soy la depositaria de su fe y de su honor: jamás mancho su vida con una acción infame; y mientras respire, su casa debe ser respetada. Oh, si él estuviera en otro estado... ¿el miserable osaría acaso?... no, mi esposo perecerá de miseria y yo a su lado; pero sin deshonra...

—Teresa, cómo habláis de perecer; ¿y vuestros hijos? le dije procurando con un recuerdo de ternura calmar aquella irritación que iba creciendo de punto.

—Tú sabes si los amo, me contestó; tú sabes si por ellos daría mi vida; tú sabes si por la felicidad de Emma derramaría gota a gota toda mi sangre; pero quiero verla pura y respetada; prefiero verla sumida en la miseria y cubierta de andrajos a exponerla al insulto y a que su virtud sea sospechada; que perezca en mis brazos de hambre y de extenuación; pero que su último suspiro yo lo reciba puro e inmaculado; ¡Oh Dios! dijo volviendo los ojos al cielo, puede ser que yo encontrase en mi pecho la fuerza de Abrahán para obedecer tus mandatos; pruébame, si quieres probarme, ordenándome el sacrificio de mi hija querida; pero no permitas que a los ojos de una madre desvalida...

Teresa no pudo acabar, la conmoción, el enternecimiento, una especie de arrebato que se apoderaba de esta mujer admirable, la dejaron casi fuera de sí. Yo me acerqué a ella y le tomé una mano: teníala fría y trémula; la apliqué a mis labios mientras imaginaba qué decir a aquella mujer que la trajese a sentimientos menos penosos. Resolvime por último a recordarle la situación de su anciano y desvalido padre que se hallaba en la casa de Mac-Donald.

—¡Mi padre! me dijo poniéndose pálida de repente; ¡mi padre sufrirá! ¡el monstruo le arrojará a la calle...!

—No, Teresa, le dije aprovechando esta vuelta a sentimientos más moderados, no hay por qué imaginarse desgracias tan extremas; ni hallo todavía pruebas bastante claras para justificar un procedimiento violento respecto de Mac-Donald. Un pedazo de papel sin firma, sin nombre alguno y que puede aplicarse a diferentes personas y situaciones, no es lo bastante para echar en cara a un individuo un proceder infame; sobre todo, cuando con esto podemos causar graves daños a las personas que más queremos. No pretendo,

tampoco, inspirarte confianza respecto de este joven: él nunca me la ha inspirado a mí; pero me parece prudente observarlo y aguardar la vuelta de Eduardo, a quien escribiremos tranquilizándole sobre los sentimientos de Emma. ¿Adoptarás, mi amiga, este plan? Yo te prometo velar contigo sobre el honor de tu casa.

—Lo adopto: me respondió Teresa con un profundo suspiro.

Yo la dejé recomendándole mucho no tomase ninguna resolución sino después de una madura deliberación, y me fui a ver qué recurso descubría, qué medio inventaba para aliviar siquiera la suerte de aquella familia cuya ruina me parecía ya inevitable.

Mi primer paso fue consultar con un amigo si creía que el obispo de Londres daría algún socorro a aquellos desgraciados pintándoles su situación.

—Tiempo perdido, me contestó, bastante renta tiene, pero prefiere hacer una plática contra lo que él llama la impostura de los que se dicen pobres, que dar un chelín al que perece de hambre. A propósito, oye la carta dirigida hoy al redactor del *Morning Chronicle.*

“Y la avaricia que es idolatría”
S. Pablo

> Señor: ¿podría usted informarme por qué es que durante esta cruda e inclemente estación, de tantos miserables destituidos de todo recurso, como existen en las ciudades de Londres y Westminster, ninguno ha recibido auxilio alguno de los ricos prelados como el Arzobispo de Canterbury y el Obispo de Londres, con una renta, el primero, de 30.000 y el segundo, de 20.000 libras esterlinas &.a?

Conque mira si podrás esperar algo de estos poderosos prelados.

—¿Y para qué sirven ellos, mi amigo? repliqué yo, ¿cuál es su ministerio? ¿con qué fin la nación paga tan crecidas sumas? —Oye, y verás si tienen un alto y noble ministerio. Cuando Lord Wellington tuvo un duelo con Lord Winchelsea, el obispo de Londres les dirigió una epístola digna de San Pablo, sólo que se traslucía en ella el placer que sentía el Lord espiritual en hallar la ocasión de dar una buena disciplina a los dos Lores temporales, pares suyos en dignidad, orgullo y dureza de corazón. También el

obispo de Exeter hizo en el Parlamento una filípica contra la nación francesa en masa, porque algunos jóvenes franceses bailaron en un teatro de Londres el cancán. En lances como estos lucen su celo y caridad estos dignos varones; y cuidado que al oírlos uno cree que son capaces de sufrir el martirio; pero en punto a dar... hay tanta impostura... las limosnas dadas sin discreción favorecen tanto la ociosidad, la ociosidad es causa de tantos pecados, los pecados de tantas condenaciones... no es posible mi amigo, no es posible dar.

—Pues bien, ocurriré al cura de esta parroquia, quizá tiene más caridad que estos desapiadados obispos.

—No digo que le falte; pero la situación del bajo clero en Inglaterra no le permite mostrarse cual debiera. Absorbidas todas las rentas por las altas dignidades, apenas alcanzan los curas una mezquina subsistencia. El de esta parroquia es casado, como lo permite el rito anglicano, tiene siete hijos y su esposa a quien mantener con una miserable renta; así es que tiempo le falta para atender a su casa, de manera que todas sus funciones de pastor están reducidas a hacer los oficios de carrera el domingo, y a enterrar en ese día los cuerpos de todos los que han muerto en la semana, para ahorrar bendiciones. Conque ya ves que del cura nada tienes que esperar; mucho menos cuando ya no se distribuyen en la sacristía los fondos de pobres desde que hay casas de trabajo.

—¿Y qué hacen mis amigos? dije yo consternado.

—Morirse, me contestó con amarga ironía, para que después el juri muy compadecido declare que murieron, según su fórmula favorita, "de miseria y hambre". ¿Pues no es esta la situación del pueblo? ¿No se va hundiendo en la miseria a medida que se dice que la nación va haciéndose más rica, más opulenta, más poderosa? ¿Algunos millares de familias no devoran la sustancia de algunos millones de habitantes? La historia de la mendicidad en el país que se llama el más rico del mundo es la prueba más triste y desconsoladora que puede darse de la civilización actual. Puede ser que no sea dado a la sociedad alcanzar un grado muy elevado de perfección, puede ser que los hombres como los peces hayan de vivir siempre devorando a sus propios semejantes; porque de otra manera no puede llamarse lo que pasa en nuestros días; pero no hagamos alarde de nuestra vergüenza; la razón por lo menos concibe la justicia en la

distribución de los bienes de la vida, aunque las instituciones sociales parezcan condenadas a hollarla eternamente.

Estas palabras cuya verdad conocía yo por experiencia, me pareció que caían sobre la pobre familia de Tom como la losa sepulcral: no vi ya más nada en el mundo para ella; su infortunio debía acabar con la existencia. En esta ansiedad pasaron muchos días. Nada sabíamos de Eduardo; ni una sola carta habíamos recibido después de su partida. La conducta de Héctor Mac-Donald descubría ya claramente sus intenciones: no hacía misterio de los sentimientos que Emma le inspiraba; y aunque su proceder exterior se contenía aún entre los límites del decoro, bien se echaba de ver que sus intenciones no eran puras. Emma no se engañaba ya tampoco sobre la especie de interés que mostraba por la familia aquel joven; y convencida de la impresión que esto debía de haber hecho en Eduardo, se desesperaba de haberlo visto partir sin una explicación. La amable sonrisa con que siempre había hablado a Mac-Donald, se había convertido en la más imperturbable seriedad: la doncella penetraba por primera vez en un arcano que la hacía sonrojar; jamás había pensado que otro hombre que no fuera Eduardo pusiera los ojos en ella, ni en su idea cabía que Emma pudiera ser pretendida sino por esposa. Este velo caía de sus ojos por primera vez; la sonrisa y el abandono infantil huyeron ante el pudor alarmado, y la dulce inocencia se revistió con toda la austeridad de virtud. ¡Prodigios del corazón humano! Pocos días habían bastado para cambiar la existencia de Emma. Había sido hasta entonces inocente, pura y bella, ignorando el precio de estas dotes: en su casto seno no había sentimiento que no fuese virginal; y a sus oídos jamás había llegado la contagiosa historia del vicio. Un rayo de funesta luz vino al fin a iluminar el hondo abismo, sepulcro de la inocencia: y Emma estremecida al contemplarle, mostraba en su semblante la novedad de su situación interior. Ni una sonrisa se escapó más de sus labios en presencia de Mac-Donald, sus ojos no volvieron a encontrarse más con los suyos; y con el nombre de Eduardo que estaba constantemente en su boca, daba a entender que quería poner una valla que la aislase para siempre de toda otra conexión. Cuando estaba sola no temía ya mostrar toda su ternura por su amigo ausente; sobre todo, la pequeña cruz que debió darle el día de la partida, era su tema favorito: quería enviarla a Eduardo tan pronto como supiera el punto

donde se hallase; el cordón era de su cabello, y debía llevarla al cuello como un talismán precioso. Está bendecida, me decía una y otra vez, por el Patriarca de Jerusalén sobre el mismo sepulcro de Cristo, y no estaré tranquila mientras no sepa que la lleva Eduardo al pecho. Efectivamente, tenía Emma una verdadera inquietud respecto de esta cruz: la desesperaba el no habérsela podido dar a su amigo el día de su partida; se diría que una doble superstición obraba con mágico poder sobre esta joven enamorada y piadosa a un tiempo.

Muchos días pasaban, sin embargo, y ninguna noticia recibíamos de Eduardo. Emma y Teresa estaban sumamente alarmadas y aún yo empezaba a inquietarme. Aún suponiendo que Eduardo hubiese pasado de Dublín y vístose obligado a continuar hasta los Condados del Norte, tiempo había sobrado para haber recibido cartas suyas. Olvido e indiferencia, causas ordinarias de interrupción en la correspondencia de personas ausentes, eran cosas que no se podían suponer en Eduardo; resentimiento, despecho, determinación de romper toda relación con aquella familia no podía ser, porque si en circunstancias ordinarias tal conducta habría parecido indigna y despreciable, en las actuales, cuando tantos desgraciados le veían como su único amparo, cuando sus compromisos con Emma eran los más solemnes y sagrados, este proceder sería infame, inicuo, propio de un malvado sin fe y sin honor. Una causa grave, sin embargo, debía de existir para explicar el silencio de Eduardo; y nuestra imaginación recorría todos los obstáculos posibles que pudieran influir en un acontecimiento que tanto nos alarmaba. Todos los plazos, que en la suposición de viajes y contratiempos íbamos señalando, se iban venciendo y las cartas no llegaban; no nos quedaban ya causas ni inconvenientes que allanar; el tiempo corría y dejaba en nuestra expectativa un vacío, que ya la imaginación empezaba a llenar con siniestros presentimientos. Teresa devoraba en silencio sus terrores por no aumentar la desesperación de Emma; ¡inútil precaución! el pecho de esta era ya presa de la más aguda pena, y un abatimiento espantoso se estaba apoderando de sus potencias. Su alma apasionada había recorrido, con una de aquellas miradas penetrantes que valen por una revelación, todas las distancias, todos los obstáculos, todas las situaciones del corazón humano, y como si hubiese descubierto en los arcanos del destino una

verdad aterradora, cayó un día en los brazos de su madre diciendo con los acentos de la más honda desesperación: ¡Madre mía! no hay ya esperanza; ¡Eduardo o no me ama o no existe! —La acción, las palabras, el desfiguramiento que se notaba en el semblante de la doncella, y sobre todo un sollozo convulsivo que estremecía todo su cuerpo, nos pusieron a todos en grande alarma. La madre la estrechó en su seno y con palabras consoladoras procuró aliviar aquel pecho acongojado. Yo intenté lo mismo; pero en vano: la virgen, como el Vidente, había leído en lo futuro, y dijo como él: "No le verá más en la tierra de los vivientes".

Aquella escena me despedazó el corazón. En la desgraciada familia de Tom, hundida en la oscuridad y la miseria, arrastrando una existencia en que cada hora se marcaba con un nuevo dolor, con una nueva humillación, todavía se veía a Emma, joven bella e inocente, como ve el navegante un rayo del azul del cielo en medio de las tenebrosas nubes que amontona la tempestad. Emma era el ídolo de su padre, el contento y la esperanza de la casa; y verla ahora sumergida en el más profundo abatimiento, su pecho traspasado por los más agudos dardos del dolor, era un espectáculo harto penoso y aflictivo para corazones ya tan lacerados por tantos padecimientos. Yo mismo iba cayendo en un mortal desaliento, cuando una repentina reflexión me hizo volver en mí. Y ¿qué es esto, señores? dije; ¿dónde está la causa para esta desesperación? ¿cuáles son siquiera los amagos de una nueva desgracia? Emma, le dije, tomándola por la mano, esos terrores son vanos; ese dolor intempestivo; el quejarse sin razón irrita al cielo; las plegarias sólo pueden cerrar el abismo de una desgracia futura. Yo confieso que me sentí reanimado con mis propias exhortaciones; pero Emma echándome una mirada la más triste y desconsolada, me dijo con acento melancólico: ¡mi vida entera ha sido una plegaria, y el abismo!... No pudo proseguir y yo tuve que sostenerla para que no cayese en el suelo. Su madre se esforzaba todavía por reanimar el alma de Emma, sorprendida al mismo tiempo de ver en su hija un grado de pasión y sensibilidad que excedía a lo que ella se había figurado. Héctor Mac-Donald entró a este tiempo: informado del motivo de aquella escena de dolor, se mostró afectado; pero hallando infundados los temores, ofreció escribir inmediatamente a sus numerosas relaciones de Irlanda para saber el paradero de Eduardo. No me detuve en juzgar

de la sinceridad de sus ofrecimientos, ni me pareció prudente fiar en ellos: tomé el partido, sí, de salir yo mismo en aquel momento a hacer cuantas diligencias estuviesen en mi poder para obtener noticias de Eduardo; resuelto a no volver a aquella casa antes de haberlas obtenido.

Tres días habían ya transcurrido y todas mis diligencias habían sido infructuosas; ¿y cómo no serlo? nadie conocía a Eduardo en Londres; y aunque hubiese sido muy conocido, ¿quién podría saber su paradero si él mismo no lo indicaba? Llegué a figurarme que engañado quizá por apariencias y juzgándose olvidado de Emma, se había embarcado para América; pero irse sin decírmelo, sin dejarme siquiera una carta que me sacase de la ansiedad en que necesariamente debía suponerme al ver su largo silencio, me parecía cosa imposible, un hecho ajeno de Eduardo, tan cumplido y afectuoso. ¡Pero qué se ha hecho, Dios mío! exclamaba yo dirigiéndome al puente de Waterloo, cuando un inmenso grupo de gente que se hallaba en él, me impidió el paso y me llamó fuertemente la atención. A la distancia en que estaba pareciome ver en medio del puente una horca y colgando de ella un hombre; ¿pero cómo podía ser aquello? Ni era el puente lugar de ejecución, ni el semblante de los concurrentes indicaba tan tremendo acto: parecía una fiesta; pero no concebía cómo pudiese haber fiesta con ahorcado, porque tal me pareció el hombre que colgaba. En estas dudas estaba, cuando de repente un fuerte rumor se propaga rápidamente en aquel inmenso grupo: todos se remueven: los más inmediatos a la escena forman un gran tumulto, y veo por último que dos hombres subiendo por una escalera, descuelgan al que estaba pendiente con todas las apariencias de un muerto. Mi confusión crecía; no alcanzaba a comprender nada de lo que veía; hasta que desahogado un poco el tumulto de los que se precipitaban por acercarse al lugar de la escena, pregunté a quien pudo decirme lo siguiente: "Este es Scott, el famoso buzo americano que ha estado por muchos días divirtiendo al pueblo con tirarse al río desde ese andamio o parapeto que ha puesto en el puente, y permaneciendo mucho tiempo debajo del agua, a pesar del rigor de la estación. Hoy quiso variar de suertes; ofreció permanecer por algunos minutos colgado por el cuello, y efectivamente se colgó; pero pasando más tiempo del que se creyó

necesario para admirar el hecho, el pueblo reunido le gritaba: ¡basta! ¡basta! ¡otra cosa! pero el desgraciado ya no existía”.

—¿Y ha quedado ahorcado?

—Completamente.

Por largo rato quedé suspenso; no sé qué de siniestro y amenazante me pareció ver en aquel encuentro. Nunca he sido supersticioso; no he tenido esa dote preciosa que muy frecuentemente acompaña a las almas tiernas, y que las hace componer un mundo de ilusiones y presagios con que compensan no pocas veces la estéril realidad; pero en este momento sentí un terror vago e indefinido, una zozobra interna, como el recuerdo confuso de un mal, que nos inquieta y atormenta aún en los momentos en que el sueño embarga nuestros sentidos. Mi desconcierto y desazón crecían, y me vi forzado, para recobrar aliento, a sentarme por algunos momentos en los poyos del puente. Por desgracia me quedaba enfrente el parapeto donde había perecido en aquel momento el desgraciado Scott; todavía pendía la cuerda, instrumento de su muerte, y me parecía que oía el estertor del moribundo en medio de la algazara del pueblo. El ruido de una berlina que se detuvo enfrente de mí, me hizo salir de aquella penosa ilusión. Sorprendiome la aparición de Héctor MacDonald, que habiéndome visto, detuvo su carruaje, y me dijo: Acabo de saber que vuestros amigos están en la mayor desolación: ignoro la causa; pero os lo anuncio para que corráis a auxiliarlos. Tomad, yo parto hoy de Londres: socorred a esos amigos desgraciados y decidles que cuenten con mi protección. —Al decir estas palabras me arrojó un bolsillo y partió como un relámpago.

Yo no hubiera querido encargarme de un don de aquel joven, pero no había medio de devolvérselo en aquel momento: tomé el bolsillo y lleno de susto y consternación corrí a la casa de Tom. Indeterminable me parecía el camino y los instantes se me hacían siglos. Llego al fin: llamo a la puerta aterrado como un delincuente; siento abrirla, y en lugar de Emma que me recibía siempre, veo a Fanny Moore.

—¿Qué ha sucedido? Exclamé.

—Cosas muy tristes, me contestó aquella, mi corazón...

—¿Pero qué hay señorita? dígame usted por Dios.

—Digo a usted que mi corazón...

—Pues yo doy el corazón de usted al diablo, dije impaciente oyendo ya los gemidos de la familia. Me atropello por las escaleras; entro a la habitación y me encuentro con el cuadro más lastimoso que en mi vida había presenciado. Emma tirada en el suelo daba unos alaridos los más penetrantes. Teresa sentada también en el suelo, desgreñada y cubriéndose la cara con las manos, parecía entregada al más agudo dolor; los chicos colgados de su cuello gritaban de una manera espantosa; Tom mismo daba unos quejidos tan débiles y prolongados, que a cada uno parecía rendir el aliento. Casi era para mí inútil preguntar la causa de tan triste lamentación. Mis ojos se nublaron y quise tener en aquel momento la irresponsabilidad de un niño para echarme por tierra prorrumpiendo en alaridos. Un papel que vi sobre la mesa me indicaba claramente que él contenía el puñal que había herido a un tiempo toda aquella familia. Un secreto horror me impedía acercarme a tomarlo; di algunos pasos y retrocedí, cuando la oficiosa Fanny Moore, con aire de compunción, adivinando mi situación, tomó el papel y lo puso en mis manos. Tres veces empecé a leerlo y tres veces se me oscureció la vista: por último resignándome a apurar hasta las heces el cáliz de amargura, leí el siguiente artículo:

> La miseria en este país (Irlanda) ha llegado al grado más espantoso. Un hecho reciente acaba de dar la prueba más patente y dolorosa. El número de pobres en la parte Norte del condado de Kerry es tan grande y tal su indigencia por falta de trabajo, que muchos centenares de ellos, en una feria tenida últimamente en el condado vecino de Limerick, se ofrecían voluntariamente por un jornal de cuatro peniques; mas los pobres habitantes de la aldea de Hospital se llenaron de tal desesperación con la llegada de aquellos infelices, pensando que podían quitarles su trabajo, que cayeron sobre ellos, hirieron a muchos y mataron a algunos. Del número de estos últimos fue el joven Eduardo O'Neill, que acababa de llegar esperando ser empleado en alguno de los trabajos públicos que se han empezado en aquellos condados. Este joven reunía al exterior más interesante, cualidades morales e intelectuales de un orden no común. Una tristeza profunda descubría en él padecimientos del corazón. ¡Quién sabe quién le llorará!

V

Parecióme al acabar de leer este funesto papel que me hallaba rodeado de una tiniebla de muerte. Apenas me quedaban fuerzas para retirarme de aquel lugar. Llegué con trabajo a mi casa y no supe más de mí. Una fiebre ardiente me puso a las puertas del sepulcro; y pasaron quince días antes de que yo volviese, puede decirse, a la existencia.

VI

Apenas algo restablecido de la peligrosa enfermedad que amenazó mis días, mis primeros pasos se dirigieron hacia la triste mansión donde la virtud en desamparo luchaba con todas las calamidades de la vida. No había visto a mis amigos después del funesto día en que la noticia de la muerte de Eduardo los había sepultado en la más espantosa desesperación, conduciéndome a mí también hasta las puertas del sepulcro. Volviendo a la vida, la encontré ya sin halago: lo pasado se reflejaba en lo porvenir, y la imagen fatídica que a mi mente se ofrecía, recordaba un suplicio prometiendo otro suplicio. Con paso lento y desmayado, y aún más desmayadas esperanzas, más que caminaba me arrastraba trémulo y silencioso por las agitadas calles de la populosa metrópoli. ¡Cuánto me ofendía el bullicio y la alegría! ¡Cuán insensatos me parecían todos los que se mostraban como viviendo! ¿qué es vivir? ¿cómo empieza y cómo acaba lo que se llama vida? nadie sabe; ¡sólo sí que el espacio que ocupa es el reino del dolor y de la muerte! ¿Y qué es dolor, y qué es la muerte? ¿No puede el hombre hacerse superior a entrambos? ¡Bella creación es el hombre! con idea de lo infinito ve que su existencia es un soplo; nace amando la vida y al nacer le mece ya la muerte en sus

brazos. Mil vidas roba ésta cada día de la inmensa ciudad; cada uno está sacando su lotería sin saberlo. ¡Y cuán contentos están! El hombre es como el ave a quien asesta el cazador; canta hasta el momento de caer... Un grito de *murder! murder!* que se oyó de repente me hizo estremecer. Este grito terrífico se propagó de boca en boca y todo el mundo fijó la vista en una partida como de doce hombres, todos sucios y de mal aspecto, que venían con aquellas voces alarmantes y trayendo unos papeles en la mano que parecían anunciar alguna catástrofe. —"¡Lord William Russell asesinado! ¡Lord William Russell asesinado!" se oyó al fin, que decían cuando estuvieron cerca. Sorpresa general causó esta nueva, y mil grupos se formaron inmediatamente en todas las calles. Yo me acerqué a uno de ellos, donde se leía la relación del hecho. Este era que Lord William Russell se había encontrado degollado en su cama, sin que se supiera aún quién fuese el asesino. El terror, el espanto, la indignación, se pintaron inmediatamente en todos los semblantes; pero yo permanecí inalterable. Un muerto más, dije en mi interior, es como una hoja más, caída en el otoño; ¿quién la cuenta, quién la ve? Ha muerto asesinado; y mi Eduardo ¿cómo murió? Era rico, poderoso y anciano; pues ese gozó algo de la vida y su suerte es incomparablemente preferible a la de millones de sus semejantes cuya vida no es más que un martirio prolongado. ¡Destrucción! ¡destrucción! Es el mote de la humanidad. Hoy cayó William Russell bajo el puñal del asesino; este expirará luego entre el lazo del verdugo, y después el verdugo y el juez se hallarán también por diferentes caminos en las manos del sepulturero. Y yo moriré mañana maldecido y maldiciendo...

Yo me hallaba en una de esas situaciones de alma difíciles de expresar. Herido, mortalmente herido por el arma envenenada de una sociedad cruel e inhumana, aunque con los fueros de la más culta y adelantada, mi dolor se exasperaba con la convicción de mi impotencia. Yo habría dado en aquel momento mil veces la vida por poder soplar la peste sobre aquella impía Babilonia; y ver morir a millares sus habitantes por minutos; y ver las calles obstruidas con los montones de cadáveres; y sentir la atmósfera infestada con sus mortíferas exhalaciones; y ver las aguas del Támesis verdi-negras, corrompidas llevar al mar vecino pestilencia y destrucción...

Tal era la amargura de los sentimientos que henchían mi pecho, cuando al acercarme a la puerta de la familia de Tom, me sentí conmovido y conocí que bien pronto echaría de menos esa misma irritación, que aunque cruel y dolorosa, saca siquiera al alma de aquel hondo estado de tristeza que hace la desgracia más igual, más inflexible, más semejante a una eternidad de penas. No será Emma, me decía yo llamando a la puerta, la que vendrá como antes a abrirme. No me saludará más aquel ángel con la sonrisa celeste y su luciente mirada. Fue efectivamente el pequeño Juan el que me abrió; ¡pero cuán cambiado! ¡Qué macilento, qué triste me pareció el pobre niño! No tenía como antes el cabello rizado, ni sus vestidos tan limpios; antes al contrario, su desaliño y abandono mostraban bien que la mano de Emma se había perdido para todos. Yo subía la estrecha y solitaria escalera como puede subirse la del patíbulo. Ya me sentí interiormente cambiado; ya me veía otra vez en presencia de mis desventurados amigos, y la ira desvaneciéndose dio lugar al más helado desconsuelo. Largo rato permanecí en el umbral sin fuerzas para penetrar en aquel sepulcro de vivos. La pieza estaba oscura; un rayo de escasa luz penetraba por una rota vidriera; en la chimenea ardían todavía unos carbones, y los niños mal vestidos tiritaban en derredor de aquel fuego moribundo. Teresa estaba sentada en un rincón teniendo en sus rodillas a Emma reclinada. Yo me sentía sin valor para entrar, y quizá me habría vuelto, si Teresa que me estaba viendo no me hubiera llamado con la mano. Entré y me senté a su lado sin que ni uno ni otro pudiésemos articular palabra. —Emma, dijo al fin Teresa, Emma, ¿no sientes a tu amigo? —¡Mi amigo! dijo la desgraciada criatura, y al verme se bañó de lágrimas.

—¡Todavía llanto, Emma! le dije sumamente conmovido.

—Es verdad que hago mal, me dijo limpiándose los ojos: hago mal porque aflijo a mi madre; pero hace muchos días que no lloraba, ¿no es verdad, mamá?

Teresa no podía hablar; con las manos se cubría la cara y movía la cabeza a uno y otro lado como si quisiese evitar un golpe de muerte; al cabo de unos minutos que parecían de la más cruel agonía, prorrumpió diciéndome: ¿Venís al fin, amigo, a llevártela?

—¿A llevármela? repetí yo asombrado.

—¿No has recibido un billete mío?

—No, le contesté; ¿qué me decías en él?

—¡Yo no lo puedo repetir! exclamó Teresa dando un alarido: Dios me dio fuerzas para resolverme en un momento, ya me las quitó; muramos, muramos todos aquí.

—No mamá, dijo Emma, abrazando con ternura a su madre, el sacrificio está hecho y yo lo he ofrecido por la salud de mi padre. ¡Amigo mío, me dijo volviéndose a mí, mi madre os escribió suplicándoos que vinieras para llevarme a la casa de pobres...!

—¡A la casa de pobres! exclamamos todos con un ¡ay! de desesperación.

—No, no, gritó Teresa, como en un movimiento de horror.

—Sí, madre mía, sí, libradme... Al decir esto, Emma se estremeció, y un ligero y fugaz color pasó rápidamente por la mortal palidez de sus mejillas.

En vano buscaría palabras que expresasen la mortal congoja que experimenté en aquel momento. Emma, la tierna e interesante Emma, la prometida esposa de Eduardo, expulsada como huérfana de la casa paterna; sin más amparo, sin más refugio que el asilo inhospitalario que el grito de la indigencia y el clamor de la desesperación arrancan a una sociedad sorda, cruel, homicida. ¡Qué doloroso era esto! ¡Infeliz! cuando la pérdida de su amante y de todas sus más caras esperanzas la habían traspasado el pecho con los más acerados dardos; cuando lánguida, abatida y llena de tanto quebranto, necesitaba consuelo, cuidados, calor en el regazo materno, iba a ser sepultada, lejos de su madre, sin pariente ni amigo, en un secuestrado y sombrío recinto donde sólo la aguardaban rigor, afán y padecimientos.

Largo rato pasamos todos sumergidos en el más penoso abatimiento. Me pareció que tenía un abismo a mis pies, y sentí en mi corazón aquel frío mortal que precede a la caída, muy más desgarrador y rechinante que la aguda hoja de un puñal. Un silencio profundo guardábamos, cuando unos quejidos muy lánguidos y hondos del desgraciado Tom, advirtieron a Emma que debía dar algún alimento a su padre, y puesta a su lado de rodillas, le aplicaba a la boca algo que el infeliz no podía ya tomar. Las lágrimas de la hija corrían por sus mejillas y venían a bañar la frente lívida del padre; del padre harto feliz en aquel momento, pues que ya no miraba la amargura ni la desolación de su hija idolatrada.

En tanto que esta cumplía con aquellos tristísimos y últimos deberes, la madre a mi lado la contemplaba con ahínco y en su semblante se retrataban una serie de sensaciones las más profundas y variadas. Unas veces con la frente pálida y los ojos humedecidos, mostraba la honda pena de una madre que ve el martirio de su hija; otras veces el labio trémulo y la mirada sombría revelaban algo de fatídico: una banda aplomada como la huella de un rayo se marcaba entonces en su ceñuda frente. Yo por distraerla y por saber algo más sobre su resolución, le dirigí algunas preguntas.

—La casa de pobres, me dijo, es la tumba que ha elegido mi pobre hija. ¡Sí, será su sepulcro: tan triste, tan necesitada como vivirá lejos de mí...!

—Y ¿qué os mueve a separaros de ella? le dije.

—La espantosa miseria en que nos vemos sumergidos, y las aún más desastrosas que nos amenazan...

—¡Amenazaros mayores desgracias! dije con sonrisa irónica.

—Sí, mayores, me dijo con visible exaltación. Hay quien persiga al hambriento; hay quien robe al mendigo, y quien asesine al moribundo, y quien quiera deshonrar la hija en el lecho del padre agonizante...

—¡Teresa! tranquilizaos, le dije, viéndole retratado en su semblante los síntomas de una exasperación que me alarmaba.

—Sí estoy tranquila, me contestó, tan tranquila que voy a disponer la partida de Emma. Huye la infeliz de la casa paterna porque el rico pone por precio de su deshonra el pedazo de pan que da a un padre hambriento. Huye, huye mi Emma de mis brazos, para que Héctor Mac-Donald no arroje mañana a la calle al anciano Richardson.

—¡Cómo es posible! Exclamé.

—Sí, sí, repetía Teresa, casi sin saber lo que decía. Un esfuerzo se le notaba en cada palabra para no dar rienda suelta a la indignación que en su pecho hervía. Yo conociendo sus trasportes, buscaba cómo aplacarla y me parecía siempre el mejor medio de conseguirlo enternecerla con los mismos objetos de su amor. Llamé con este objeto a Juanito, que triste y lloroso estaba con su hermano puestos a la ventana como esperando a alguien.

—Pasan el día esas criaturas, me dijo la madre, como yo lo esperaba, enternecida; pasan el día viendo por esa ventana, una venta

que hay en frente. Ven como el hambriento, conocen el dinero y su valor como el avaro; y con miradas codiciosas siguen el movimiento de una moneda cuando pasa de una mano a otra. ¡Qué dura condición! ¿De qué servirán los ejemplos, qué aprovecharán mis lecciones y mi esmero en inspirar a mis hijos sentimientos nobles y generosos? ¿Cómo se puede formar un ánimo elevado y liberal, cuando la miseria descarga a cada paso un golpe que le humilla y envilece; cuando antes de formarse el corazón ya la necesidad le hace mezquino, y la envidia le emponzoña; y cuando todas las malas pasiones hallan cabida en él en medio de esta lucha a muerte con una sociedad tiránica? No es posible, mi amigo, no; la virtud no se plantea en medio del combate de las más urgentes necesidades con los principios que ella dicta. ¡Dios mío! termina esta lucha en que del vicio ha de ser el triunfo. Si en tus inescrutables juicios, tus misericordias no han de alcanzar en este mundo a esta madre desgraciada, apiádate de la inocencia; sálvala en mis hijos; que su existencia sea corta, que mueran hoy en mis brazos; pero...

La voz faltó a esta madre atribulada; un mar de amargas lágrimas inundaban sus mejillas y con los ojos fijos en el cielo estrechaba en su seno a sus dos tiernos niños. ¡Qué espectáculo! No sé cómo lo verá la Omnipotencia; pero a su vista la humanidad se abisma. Emma trémula y macilenta estaba de rodillas a la cabecera de su moribundo padre; ella misma parecía una estatua sepulcral; la madre contemplando con mortal angustia el estrago que la miseria hacía ya en su inocente y tierna familia, y sin esperar auxilio en este mundo, ponía los ojos en el cielo y pedía por gracia la muerte para todos; yo mismo me consideraba allí como un instrumento de martirio; ¡debía al día siguiente sepultar a Emma en la casa de pobres...!

Después de un rato de una penosa contemplación de que no deducía sino miserias y desgracias, me despedí de aquella desolada familia pensando en la escena del siguiente día que tan atroz debía ser para todos.

—Hasta mañana, me dijo Teresa, con un estremecimiento extraordinario.

—Hasta mañana, repitió Emma, con una languidez mortal.

Las tres de la tarde eran cuando atravesaba yo a Hide-Park, y como el tiempo estaba claro y templado, la concurrencia de coches era numerosa y brillante. ¡Qué contraste en el seno de una sociedad

que se llama compuesta de seres de una misma especie, regida por unas mismas leyes, con la misma religión, con los mismos derechos y deberes! ¡Oh sangrienta irrisión! Unos, después de arrastrar una existencia carcomida, perecen de miseria desamparados de todos; como la bestia de carga que envejecida y abandonada, deja su desnuda armazón a orillas de un camino. Otros, para quienes las riquezas existen y la tierra produce, y las artes inventan, y el pobre trabaja y el cielo es propicio, pasan la vida en el seno de la abundancia, rebosando de placeres, sin más pena que la saciedad, sin más temor que el dejar una vida de tantos atractivos llena. ¡Qué monstruosa desigualdad! ¡Cuánto no acusaría de impotencia, o de injusticia al Creador, si su voz no nos dijera: hombre, esta no es tu patria!

La noche extendía ya sus sombras más lóbregas y pavorosas que nunca; al menos tal me parecían, cuando, hallándome solo en mi triste habitación y recordando los sucesos pasados, no veía en rededor de mí sino la soledad, el silencio, la muerte. Desechado por la sociedad, sin vínculo ninguno con ella que pudiera hacérmela querida, me esforzaba en repudiarla por mi padre procurando hacerme independiente hasta de sus ideas. ¡Inútil afán! nada encontraba en mi mente que no me trajese de nuevo al carril en que desde el principio del mundo entró la humanidad. Placer y dolor, la nada y el ser, fatalismo, necesidad, providencia, eternidad; he aquí el compendio de la filosofía: he aquí los cimientos de toda creencia, de todo sistema; ¡cimientos que el hombre no ha echado, que no conoce, que no comprende y que son sin embargo leyes de su inteligencia! ¿Puede crear el hombre un color? pues así crea una idea. Su número es determinado como las cartas de un naipe: las combina, las ordena, las pierde y las halla; pero no es moneda que él acuña, el tipo está en otra esfera.

Pasó la noche y vino el día. Nada había ya que esperar del tiempo: forzoso era resolverse a emplearse en el terrible ministerio de arrancar a Emma de los brazos de su madre. Las doce del día eran cuando me presenté en su casa; me esperaban con sobresalto, y al llamar a la puerta, oí prorrumpir en las más tristes exclamaciones. Subí; y encontré a todos de rodillas delante de la cruz que estaba en la pared. Al verme la madre casi se desmayó, Emma se arrojó en sus brazos y con el acento más penetrante le dijo: Madre mía, ¡adiós para siempre! Largo rato permanecieron abrazadas sin que se oyese

más que sollozos y suspiros. Los niños colgados del cuello de la madre y de la hija, gritaban: "¡No te vayas, Emma! ¡Emma, no nos dejes!" Yo deseando terminar aquella dolorosa escena, traté de tomar a aquella desgraciada criatura por la mano, diciéndole: ¡hija! vamos a hacer el último sacrificio: no prolonguéis esta situación que tanto aumenta vuestro martirio. ¡Teresa! tu fortaleza, tu heroica resignación, ese valor sublime que tantas veces os ha hecho superior a la adversidad... ¡Inútiles exhortaciones! Teresa no era más que madre en aquel momento; bañada en lloro estrechaba a Emma en sus brazos y parecía que quería ocultarla en su seno maternal.

—La una es ya, mis queridos amigos, y ahora o nunca, les dije; pues sabéis que hay tiempo señalado, y es una sola la ocasión. Al decir esto, un ay doloroso se escapó a todos. La madre abrió los brazos, soltó a Emma y cayó en el suelo cubriéndose la cara: Emma corrió al lado de su padre, y puesta de rodillas, besaba por la última vez la pálida frente del moribundo Tom. Yo aproveché el momento en que Teresa parecía postrada de dolor, y en que una especie de santa resignación se descubría en el semblante de Emma. Vamos, le dije, el último esfuerzo querida amiga.

—Sí, me respondió, el sacrificio está hecho, ¡admítelo Dios mío! dijo mirando al cielo; y después cubriéndose con su pañuelo la cara como para no ver más los objetos de su amor, me dio la mano para que la condujera.

Aquel esfuerzo duró poco; al descender por las escaleras, las fuerzas la abandonaron y yo tuve que bajar con ella en mis brazos. Llegué a la puerta y aún no había vuelto de su desmayo. La tuve un rato recostada en mi pecho y en aquel momento fue que pude advertir los estragos que el dolor en tan poco tiempo había hecho en aquella divina criatura. De sus mejillas amarillas y hundidas habían desaparecido las flores de la juventud; aquel seno formado por el amor y las gracias se había marchitado y consumido; una flaqueza y extenuación extraordinarias le daban un aspecto cadavérico, y todo el hechizo de su persona se había transformado en un desfiguramiento que inspiraba compasión. Tal fue mi sorpresa, tal mi dolor al contemplar el estado de la infeliz Emma, que no pude menos que exclamar: ¡Dios mío! ¿y qué queda a esta criatura? ¡ni bella está ya! Mi exclamación la hizo volver en sí y me dijo con una mirada llena de ansiedad: ¿Reparáis que no estoy de luto?, ¿no es verdad? Pero es

porque no tengo vestidos; ¡yo lo tengo en el corazón! Yo estaba demasiado conmovido para poder contestarle. Continuamos nuestro camino. Su extrema debilidad apenas le permitía moverse, así fue que tardamos más de una hora para llegar a Hoo Union House. El aspecto sombrío de aquel edificio, su enorme puerta que parecía la de la eternidad; el pavoroso silencio que reinaba en aquel recinto; todo esto hizo una profunda impresión en la pobre Emma. Yo la sostuve en mis brazos y la conduje a la entrada de aquella temible mansión. La vista del director de la casa nos hizo estremecer y sus lacónicas y severas palabras acabaron de anonadarnos.

—¿Quién sois? preguntó a Emma.

—Yo respondí por ella, Emma Tom.

Sacó un registro de la faltriquera donde sin duda tenía ya apuntado el nombre de la niña, y dijo: estás admitida; ¿cuáles son vuestros efectos?

—Ninguno, respondió Emma trémula.

—Pasad adelante.

Yo quise entonces recomendar a mi joven y desgraciada amiga, pero a la primera palabra, un "retiráos" dicho con el tono y ademán más duro, me hizo inmediatamente callar. Entonces Emma al darme el adiós postrero, tomó de su cuello aquella cruz que debió dar a Eduardo el día de su partida, y con el acento y las miradas más tiernas y expresivas, me dijo dándomela: "¡No posee Emma otra cosa, ni nada aprecia más en el mundo; era de Eduardo!" Todavía brilló en sus ojos una mirada divina. La última para mí: la puerta se cerró rechinando sobre sus goznes y Emma desapareció... ¡quizá para siempre!

Ocho días pasaron desde la entrada de Emma a la casa de pobres y en este tiempo parecía que una catástrofe amenazaba a toda la familia. Todos los días Héctor Mac-Donald hacía nuevos esfuerzos porque se sacase a Emma fuera de aquel asilo que él llamaba prisión, asegurando que la niña era maltratada y que al fin la matarían a pesares. Figúrese cualquiera la congoja de la madre. Conocía las perversas intenciones de aquel joven, y por otra parte la idea de que fuera cierto el maltrato de Emma, la llevaba casi al extremo de la desesperación. ¡Qué combates tan atroces entre el deber y las más crueles necesidades! La razón de Teresa me parecía en algunos momentos que ya flaqueaba. Una especie de furor de

maníaco que mostró una noche contra Mac-Donald, me acabaron de confirmar en esta idea; y las palabras amenazantes de aquel me hicieron temer un pronto y funesto desenlace.

No me engañó mi previsión, pero ¿quién tendrá aliento para referir tanta desgracia? ¡Inefable es la inmensidad del dolor, como inefable será la dicha que al justo se reserva! Más temprano de lo acostumbrado me vine a la casa de Teresa, temiendo hubiese tenido algún fatal resultado la contienda de la noche anterior. ¡Cuál fue mi sorpresa y espanto al hallar a Teresa dando voces que hacían estremecer la casa y prorrumpiendo en las más tremendas imprecaciones! —Tom, me dijo al verme, echándome unas miradas fatídicas, lee, lee ese papel, y dime si no son todos los hombres unos malvados, unos asesinos, unos... unos... y se quedó repitiendo "unos" en una especie de delirio el más penoso que he visto en mi vida.

Yo tomé un diario, y como traspasado con un puñal, leí las palabras siguientes: "En el juicio abierto al director de Hoo Unión Workhouse por la crueldad e indecencia de los castigos que aplica a los jóvenes que tiene a su cargo, Sarah Barnes ha declarado que ayer Emma Tom, joven delicada y al parecer sumamente quebrantada por padecimientos, fue atada a un poste y azotada, habiéndola para ello antes despojado de parte de sus vestidos, de manera que el seno le quedaba expuesto a la vista..."

—¡Dios mío! exclamé sin poder continuar; ¡la tierna, la bella, la casta Emma entregada a esos tigres...!

—Toma, me dijo Teresa de nuevo, tengo muchas noticias buenas, muy buenas, que darte; lee ese otro papel.

—Tomo un billete y leo. —"Señora, mi amo ha salido hoy a una partida de caza y me ha prevenido que a su vuelta esta noche no ha de encontrar en casa al anciano padre de usted que mantiene aquí desde hace días. Si no toma usted alguna providencia, me veré en la necesidad de ponerlo hoy en la calle.—

Jaime Taylor"

Yo quedé abismado en presencia de tamaña persecución. No podía darse otro nombre a lo que aquella familia padecía. "Un Dios enemigo me persigue", decía Hécuba al ver el sacrificio de sus hijos; y este pensamiento que se acomodaba a su culto y a las ideas que tenía de la divinidad, la realzaba a sus propios ojos considerando la calidad

del perseguidor; y si no esperanzas, por lo menos una noble resignación nacía del seno mismo de los más crueles infortunios. ¿Pero a quién acusa el fiel? ¡Al inmenso poder! ¡A la inmensa bondad!

Teresa llamó en esto mi atención: sentada enfrente de la mesa con la Biblia abierta a un lado y los funestos papeles que habíamos leído al otro, mostraba en sus movimientos y en sus miradas cierto enajenamiento mezclado de furor. Al mirar sus vestidos desgarrados, sus cabellos medio trenzados y cayéndole por el seno, la frente ceñuda, los ojos centelleantes, se creería que era una Sibila que iba a leer en el destino el fin de la raza humana. Después de hojear por algunos momentos la Biblia a la luz de una pequeña lámpara, exclamó en alta voz:

—"¡Breve es la vida de todo potentado...! ¿Por qué se ensoberbece la tierra y la ceniza?" ¡Qué gozo siento! continuó con una sonrisa espantosa; ¡ricos! ¡potentados! sois tierra y cenizas: ¡Dios mío! ¡a este precio yo conllevo la miseria, descarga tus iras, pero que yo pise, que yo huelle esta tierra y esta ceniza!

Volvió a hojear la Biblia y al cabo de algunos momentos, retorciéndose las manos con un movimiento convulsivo y mirándome con una satisfacción de venganza prometida, dijo:

"No valdrán las riquezas en el día de las venganzas... El impío una vez muerto no tendrá más esperanza..."

¡Héctor Mac-Donald! continuó con arrebato, no te valdrán tus riquezas: ¡aprovéchalas, aprovéchalas! ¡triunfa, persigue, corrompe! yo te espero en el sepulcro, macilenta y desgarrada como me ves; y Emma azotada y escarnecida; y Tom sin auxilio en su agonía; ¡y mi padre que has arrojado a la calle para que perezca de hambre...! ¡Mac-Donald! oye; en aquel tremendo día cuando al borde del abismo veas al juez que te llama, ¡ay! ¡cómo temblarás! ¡ay cómo crujirán tus dientes! y tú confuso y turbado te presentes como reo, todos nosotros te rodearemos, víctimas acusadoras; y cuando el juez nos diga ¿qué pedís? nosotros gritaremos: ¡Al impío una vez muerto, no se conceda esperanza...! ¡Carlos! ¡Carlos! se volvió a mí con unas miradas y un ademán que me hicieron estremecer, tú estarás allí también, tú acusarás, tú verás su perdición... ¡Carlos! ¡eterna perdición...!

—¡Teresa! exclamé tomándola por un brazo, ¿qué dices? Vuelve en ti mujer desgraciada: ¡calma esos trasportes, ese furor que me horrorizan!

—¡Carlos! me dijo cambiando enteramente de tono y hojeando siempre su Biblia, ¡Carlos! ¿has leído lo que está escrito? "¡Mi espíritu se va atenuando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro!"

Yo perdí ya toda esperanza. Teresa no estaba en su juicio. Aquella razón tan firme no había podido resistir a tantas desgracias; aquel ánimo fuerte, aquel espíritu elevado habían sucumbido bajo el peso de tantas miserias. Preví desde aquel momento alguna catástrofe entre un moribundo, una mujer sin razón, y dos pequeñas criaturas solos en aquella miserable habitación. Salí inmediatamente resuelto a apelar a la policía; pues que aquella familia no tenía amparo bajo el cielo. Más de dos horas empleé en buscar a un sargento de ella y en persuadirle que debía acompañarme a la casa de aquellos desgraciados. Al fin convino en seguirme; los instantes se me hacían siglos, y a cada paso que daba, mi terror crecía; un alarido de muerte, un ¡ay! prolongado me parecía que venía a herir mis oídos.

Llegamos al fin, pero... yo no puedo decir qué pasó en mí. Vi sangre, vi cadáveres amontonados, oí lamentos de niños, y no sé qué más vi... Os diré la relación del guarda. Al entrar vio a la débil luz de un pequeño fuego que ardía en la chimenea, dos cuerpos tendidos. Tom había expirado y sobre él Teresa, traspasado el pecho y bañada en su sangre, exhalaba el último suspiro. Estaba medio desnuda porque había cubierto con sus vestidos a su marido. El débil fuego que aún brillaba era de la cruz que ardía, y los dos tiernos niños debilitados por el hambre y horrorizados a la vista de los cadáveres de sus padres, temblaban ateridos al lado de la chimenea.

Esta fue la declaración del guarda. Se consumó la desgracia. El anciano Richardson murió a los pocos días arrojado de la casa de Mac-Donald, y los dos niños fueron destinados no sé a dónde por la policía.

Quedaba Emma: ¿pero cuál era su suerte? ¿cuál su situación? yo la ignoraba. Durante ocho días consecutivos me presenté a la casa de pobres por ver si la veía o sabía de su situación. ¡Vanos esfuerzos! aquel recinto era impenetrable. ¿Qué será de Emma, tan débil, tan extenuada, y tratada con tanto rigor? Yo no me alucinaba sobre su suerte, y así estaba preparado a todo. Efectivamente al noveno día

de la muerte de su madre, un diario vino a poner fin a mi ansiedad. Decía así: "Emma Tom muerte ayer en Hoo-Union, casa de pobres, de abatimiento y pesadumbres. Veíanse en sus manos después de muerta algunos cardenales, señales del bárbaro castigo que aquella interesante y desgraciada criatura había recibido de mano del cruel director".

Me fui a mi triste habitación y deseando encontrar algo que correspondiese a la situación de mi alma, me puse a leer la más desesperante de todas las ficciones.

"A media noche los muertos que dormían hacía siglos enteros en el cementerio de una aldea, se despertaron y saliendo de sus sepulcros entreabiertos, se amontonaron en la iglesia, bajo el portal de la iglesia y alrededor de la iglesia. La tierra, el tiempo, el espacio no existían ya para ellos. Con el ademán, con las palabras, con las miradas, estos peregrinos del sepulcro pedían ansiosos noticias del cielo, de la eternidad, de Dios. Nadie podía resolver el insoluble enigma. Entonces desciende sobre el altar una figura noble, elevada, radiante de imperecedera majestad: este es el Cristo. Los muertos exclaman: "Oh Cristo, ¿dónde está Dios? —¡No le veréis todavía!" —Todas las sombras comienzan entonces a temblar, y el Cristo continúa: "Yo me he remontado más allá de los soles, yo he descendido hasta los últimos límites del Universo, yo me he asomado al abismo y he exclamado: Padre, ¿dónde estás? —Pero yo no he escuchado sino la lluvia que caía gota a gota en el abismo; y sólo me ha respondido la borrasca que muge eternamente sin que ningún orden la rija. Levantando después mis miradas hacia la bóveda de los cielos, yo no encontré sino una órbita vacía, negra y sin asiento. La eternidad reposaba sobre el caos y ella misma se carcomía lentamente".

"Que se redoble el llanto y los gemidos; que las sombras se dispersen; ¡todo acabó!"

Mis cabellos se erizaron, mis sienes palpitaban dolorosas, un fuego devorador circulaba por mis venas, y entre las densas sombras que cubrieron mi vista, me pareció ver a Teresa; tendíla los brazos y fugaz me huyó; pero su voz, como el sonido del clarín, vino a herir mis oídos. "¡Carlos! no hay Dios, dice el impío, porque Dios dijo al impío, para ti no hay esperanza!"

Así concluyó su historia el anciano de quien la oí.

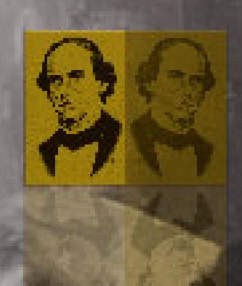
F. Toro.

Índice

Edición digital, julio 2017
Caracas - Venezuela



Fermín Toro (Caracas, 1806 - 1865). Escritor, diplomático y político venezolano. Autodidacta. Ingresó en la administración pública en 1828. Fungió como diputado al Congreso Nacional en 1831. Desde 1837, empezó a escribir en el diario caraqueño *El Liberal*. Viajó a Londres en 1839 como secretario de la misión diplomática presidida por Alejo Fortique. Publicó por entregas en 1842 su novela *Los mártires*, inspirada en Londres y considerada la primera en su género en Venezuela. Publicó en Caracas sus *Reflexiones sobre La Ley del 10 de abril de 1834* (1845). Presidió la comisión encargada de las honras fúnebres al Libertador, con ocasión del traslado de sus restos a Caracas en 1842; su apreciación de estos actos aparece en su obra *Descripción de las honras fúnebres consagradas a los restos del Libertador Simón Bolívar*. A partir de 1844 desempeñó varias misiones diplomáticas en España, Francia e Inglaterra; de regreso al país, en 1847, fue nombrado ministro de Hacienda. En 1858 presidió la Convención Nacional de Valencia. Regresó a Europa en 1860. Ya retirado de la actividad pública, se dedicó al estudio de la botánica y de las lenguas indígenas hasta su muerte.



Páginas Venezolanas

MISIÓN CULTURA



